

57

+ 114577

c.

ENCUADERNACIÓN
DE
SATURNINO D. ALONSO

Plaza Carmencitas, 2
LEÓN

GLEMENTE BRAVO

UN RINCON DE LA MONTAÑA



(MORGOVEJO)



SUMARIO

Prólogo.—Morgovejo.—La Leyenda del Pozo.—Peñas arriba.—Las cuevas de Caminayo.—"Las Conjas".—Una boda en la montaña.—La caza del oso.—¡Adiós, hermosa!—Final.

LEÓN

Imprenta y librería de Antonio Guerrero

1898

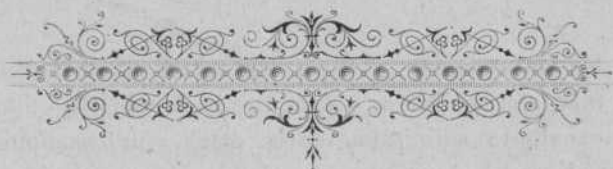
THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHYSICS DEPARTMENT

PHYSICS 309

23

R-145403



PRÓLOGO

El malogrado escritor montañés, fecundo y excelente poeta Alfonso Casado, cuya muerte desastrosa fué una pérdida grande para las letras, escribíame, pocos días antes de morir, larga epístola entusiasta, invitándome á colaborar en una obra hermosísima que él meditaba tiempo hacía. Encantado de la montaña de León, donde el numen vigoroso del autor de *Incoherencias* encontrara sobrados motivos de inspiración arrebatadora, y ganoso de dar á conocer las maravillas y riquezas que nuestra provincia atesora y que tan poco apreciadas son por la generalidad de las gentes, aún por los leoneses mismos, pretendía el infortunado escritor publicar, en una serie de folletos,

las impresiones que en repetidos viajes por la montaña recibiera; y para llevar á cabo esta obra excelente solicitaba, entre otras colaboraciones valiosas, la humilde mía, viendo acaso en mi entusiasmo por las *cosas* de León un mérito que, de todas suertes, no alcanzará nunca á suplir lo que de competencia me falta para salir airoso de empresas semejantes.

Pero murió el poeta: acabóse en hora infausta una existencia que por entero pertenecía á las Musas; cayeron rotas la lira que se disponía á cantar nuestras glorias inmarcesibles y la pluma preparada para describir extrañas costumbres y espléndidos paisajes y dar noticias de esta tierra leonesa, rica como pocas y como pocas abandonada y desconocida; y la obra de Casado, cayó con él; porque eran necesarios todo su entusiasmo, toda su inspiración y toda su actividad para desenvolverla y realizarla.

No pretendo, pues, sustituirle: lo que á él le hubiera dado, le doy al público aquí; pero quiero lanzar la idea del poeta, por si otros escritores se animan á llevarla á cabo. No es necesario ponderar su trascendencia y valor, porque bien fácilmente se alcanzará á todos cuánto ganaría nuestra provincia con esta loable empresa.

¡Cuántos, seducidos por *la moda*, huyen de

León, y se figuran «veranear» higiénicamente en la celda de un hotel y en las calles de cualquier población afortunada que sabe atraerse forasteros, y no piensan que aquí, á la puerta de su casa como quien dice, dejan la *Suiza española*, la hermosísima montaña de León, donde todo respira salud y tranquilidad y donde el alma se satisface con goces exquisitos que las bellezas naturales proporcionan, bastante más y mejor que con los goces frívolos que la vida «etiquetera» de la ciudad ofrece! Y á los que están acostumbrados á oír á toda hora que *aquí* no hay nada, que no tenemos nada, que somos pobres, les causaría asombro saber, por propia experiencia, de *visu*, que nada tenemos que envidiar á otras regiones, en punto á bellezas y riquezas naturales. Hasta hace poco tiempo, era casi un secreto que la cuenca que atraviesa el ferrocarril de La Robla á Valmaseda, encerraba un inmenso tesoro, que era un puro carbón, por nadie explotado. Pues casi casi es aún secreto también que por esas mismas montañas, donde hasta hace poco reinaba el silencio de la muerte y que ahora parecen surgir á la vida cuando los ecos repiten entre ellas los silbidos del tren, hay una riqueza incalculable en aguas salutíferas, esas aguas que con tanto anhelo y tantos sacrificios

van á buscar millares de personas lejos de aquí (1).

Y no hablo de otros tesoros, de las riquezas de belleza y poesía que encierra nuestra montaña, porque en el curso de este libro me ocuparé en describir las que un solo *rincón* ofrece al viajero.

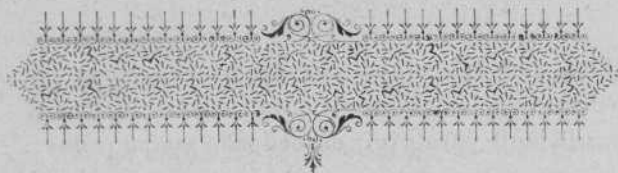
Lo que nos falta, lo que se echa en seguida de menos viajando por nuestra provincia, es otra cosa: generalmente se carece en absoluto en nuestro país de espíritu mercantil: fuera de manejar el arado como sus abuelos y sus bisabuelos... nuestros aldeanos no saben más, ni pretenden más aventuras: solo así se explica que las riquezas de nuestra montaña no se exploten: en otras partes, ¡hasta por subir á un pico elevado á ver salir el sol, le pedirían á uno dinero! En cambio, he visto aguas termales de una abundancia extraordinaria, discurrir libremente por huertas y prados, sin que nadie se preocupe de aprovecharlas. Y con ser tan lamentable este caso, aun más me lo parece el de un dueño de ciertas excelentes

(1) Dificilmente se encuentra en la montaña un pueblo que no tenga aguas ferruginosas, termales ó sulfurosas: en la montaña de Boñar y en las regiones cercanas se encuentran, entre otras muchas, las aguas medicinales de Crémenes, Getino, Noceo, Valdecastillo, San Adriano (La Losilla), Boñar, Cofiñal, etc.

caldas, que «no estaba por requilorios, pues los dos malos baños que tenía en un corral le daban lo suficiente para vivir desocupado y tranquilo»... y al que, según lenguas, habían ofrecido hasta un millón de reales por la propiedad de las aguas para explotarlas en debida forma.

No hay que dolerse, pues, del abandono en que no tiene á nuestra provincia, sinó del abandono en que la tenemos, por falta de toda actividad mercantil que la haga próspera, aprovechando los grandes elementos con que la naturaleza la dotó. Y nuestra parte, no escasa, de culpa, tenemos los ciudadanos, los que prefieren salir de León á veranear lejos de la tierra, sin ver que nuestra presencia en esos lugares encantadores de la montaña podía ser un estímulo para los pueblos; y unido á ésto, la propaganda que los escritores hicieran de lo *nuestro*, propaganda meritoria, necesaria, *debida* á la tierra que nos vió nacer y cuya postración tanto lamentamos, sin hacer nada por evitarla, traería á la postre otra vida, el florecimiento de nuestra región.





MORGOVEJO

(1)

De León á La Robla: de La Robla á Puente-Almuey por el ferrocarril *hullero* que sube y baja atrevidamente por los montes y atraviesa á la carrera famosos ríos, cuyas aguas acompañaron, en luengos tiempos, con su eterno rumor, el cántico dulce de los trovadores montañeses y los supiros amorosos de las doncellas castellanas impacientes por la vuelta del caballero que guerreaba contra los moros en los campos andaluces. Hacia la mitad del camino, Boñar, la histórica villa, capital un tiempo de la Montaña y donde todas las casas ostentan sendos escudos heráldicos, memoria de la nobleza que allí asentara sus palacios cuando la humilde monarquía

(1) Hoy, directo de León á Puente Almuey.

de los Ordoños acababa de fijar sus reales en León.

Boñar, la villa de los recuerdos, donde el alma del viajero siente la dulce añoranza de pasadas glorias, de aquellos tiempos de guerreros y trovadores que por su Dios y su dama y por la tierra bendita que los vió nacer, daban sus vidas, dejando á las venideras generaciones inmenso caudal de heroismos y proezas que hicieron grande entre todas las naciones á esta España ahora tan abatida. No sin pena, arrastrados por la locomotora, vemos desaparecer la noble villa —alzada como un vigilante al extremo del valle del Porma, —tras los cerros que por el norte la dominan, para hundirnos entre montes de tonos oscuros, que delatan el tesoro que en sus entrañas encierran. Una cuenca inmensa, donde la naturaleza ha guardado para los hijos del siglo del vapor y la electricidad, ricos veneros de carbón, el signo del progreso material de nuestros días, es la que atraviesa el ferrocarril, lanzado á escape por aquellos recónditos sitios, como un explorador aventurero que va preguntando á las montañas por sus secretos tesoros.

Al llegar á Puente-Almuey, se deja el tren con gusto: su carrera atrevida por pendientes y curvas rápidas. aquel subir y bajar montes, ma-

rea, cansa: por eso el silbido de la máquina al llegar á esa estación es recibido con júbilo, como señal de libertad que á sus esclavos de unas horas dá el potente mónstruo de hierro.

—Desde Puente-Almuey á Morgovejo, dicen los aldeanos que hay una legua. ¡Ay, qué legua! Yo me acordaba al *sufrirla* de un adagio de los parameses, que dice: *las leguas de Castilla, de Reliegos á Mansilla*; pero iba pensando que tal «refrán» se inventó cuando aún no había sido medida la legua de Puente-Almuey á Morgovejo. Es inacabable, por mal camino (pues la carretera debe de estar en el papel) y sin más vehículos en que viajarla, que los «primitivos» carros del país, cuyos ejes van chirriando sin cesar, como una canción salvaje con que el viajero se aburre y el ganado se anima (1). Van quedando á la derecha algunos pueblos, como Soto, Valderrueda y La Sota, y siguiendo siempre la orilla del río Cea,

(1) Lo de que se aburra el viajero no necesitará demostración..... Lo segundo la tiene. Según proceso famoso del siglo pasado, quejabanse los vecinos de un pueblo de Asturias del ruido ingrato é incesante que los carros que frecuentaban el camino real producían y que no dejaba dormir á las gentes: los carreteros alegaron que el chirriar de los ejes era conveniente, porque entretenía y animaba al ganado que, acostumbrado á él, no andaba, ó lo hacía pesadamente y de mala gana cuando no lo oía. La justicia dicen que dió la razón á los carreteros.

aguas arriba, se entra *al fin* en Morgovejo, por un despeñadero de poca elevación pero donde no hay más anchura que para el carro.

*
* *

Morgovejo está situado á lo largo del camino real, en una extensión de medio kilómetro y en el fondo de un largo y estrecho valle por medio del cual se deslizan mansamente las aguas del Cea.

Lo primero que se encuentra es la Iglesia— que no tiene nada de notable. Después sigue la larga fila de casuchas, algunas de techo de bálago, y en las que el bañista tiene que alojarse como Dios le dá á entender, porque allí no hay *hoteles*. Ahora, este mismo año, se *estrena* la fonda construída sobre el balneario: pero lo que se gane en comodidad se pierde en *rustiquez*, y hay quien le gusta, y á mí el primero, ir á las aldeas á vivir *aldeanamente*, porque al fin y al cabo en eso está el contraste con la vida de la ciudad.

Fuera de la calle Real, que es el camino de tránsito, las demás son poco menos que inaccesibles; recostadas las casas en una ladera del monte' semeja el pueblo uno de esos «nacimientos» deliciosamente anacrónicos, en que hay casitas que meten el humo de sus chimeneas por la puerta de otras viviendas colgadas más arriba.—Aun-

que metido en una hondonada donde tarda en llegar la luz del sol, y rodeado de montes de tonos oscuros, el pueblecito de unos 90 vecinos, es alegre, principalmente por la frescura y el color que le presta la hermosa vega que posee.

A cosa de un kilómetro del pueblo, río arriba, se encuentra el balneario—*el pozo* como lo llaman las gentes del país—construido al pié de un altísimo monte y á unos 20 metros á la derecha del río.

El edificio del balneario es sencillo: un vestíbulo rodeado de asientos de madera y que sirve de sala de descanso: una galería á todo lo largo del edificio, con celdas á los lados donde están los baños y al final de ella una habitación grande donde están las bombas que comunican con el *pozo* del agua medicinal; todo ello sencillo, primitivo, *interino* como si dijéramos, esperando *ser más* algún día. Sobre esta planta y conforme á ella poco más ó menos, se acaba de construir un piso destinado á fonda.

Las aguas son *sulfurosas* y de excelente calidad, según dicen los que de estas cosas entienden, hasta el punto de resistir ventajosamente la competencia con las renombradas de Ontaneda por su probada eficacia y virtud medicinal. Son frías, condición que las hace de «mejor beber»; y de-

trás del establecimiento existe una gran caldera donde á fuerza de lumbræ, se las pone «razonables» para la piel de bañistas poco partidarios de la *impresión* y demás sensaciones fuertes inventadas por el famoso abate Kneip.

—La libertad de que en Morgovejo se goza, redimidos los forasteros de «la tiranía del vest r» que tanto incomoda en esos balnearios y playas donde más que á buscar la salud ó el descanso parece que va la gente á lucir la ropilla; la vida *de aldea* que todo el mundo hace..... principalmente porque no puede hacer otra; la comunicación constante y franca que se establece en seguida entre los bañistas, el aire sano de la montaña y las apetitosas truchas del río, cosas son que contribuyen á hacer amable la estancia entre aquellas peñas cubiertas hasta la cima de verdor.

El día se pasa en ir y venir al balneario, para la gente que prefiera la aldea á la fonda: un paseito por la mañana y otro por la tarde, por cualquiera de los caminos que allá conducen y gozando de la frescura de la vega y del espectáculo de aquellos montes altísimos que cierran el paisaje por el norte, rasgando el cielo con sus crestas que de lejos semejan un enorme peine al que faltan púas aquí y allá. En el vestíbulo del balneario, descanso, tertulia..... y viajesitos á la fuente, á

echarse al colete sendos tragos «de salud» —porque hay allí quien se bebe más agua en ocho días que en el resto del año en su casa.

Lo mejor de Morgovejo—aparte la opinión de los que prefieran *á todo* las aguas—es el panorama de su vega, de matices delicadísimos, de una pureza y de una luz incomparables.

¡Hay que ver, desde el camino «del monte», y en día despejado, aquella ribera aterciopelada, donde los rayos del sol resbalan como polvillo de oro flotando sobre el verde fondo de los prados! De la paleta de un gran pintor, no saldría jamás variedad tan profusa y exquisita de tonos verdes, desde el mate que «absorbe» la luz, hasta el sedoso donde tornasola y se desliza como en un espejo, contrastando con la amarillez de los sembrados de trigo y con la claridad del río Cea, transparente y risueño, que quiebra sus cristales entre las peñas con un rumor metálico, como el de un inmenso sonajero.

Allí se respira á bocanadas la salud, en aquella atmósfera oxigenada, pura y vivificante, y se llena el alma de ternura y poesía contemplando el paisaje de suaves tonos que acarician los ojos con su placidez y su frescura deliciosa. ¡Oh, vallecito hermoso, escondido entre las peñas como una al-

haja en su estuche; cómo vives en mi memoria con tus galas y tus luces!

A la salida del pueblo, sobre el río Cea, hay un puente rústico sombreado por los chopos que crecen gallardos á orillas del agua. Es aquel un trozo de paisaje encantador, digno de una de esas tablitas coquetonas de maestros afamados que derrochan los colores y el gusto para arrancar á la realidad sus maravillas. El agua allí es más oscura, el lecho del río más profundo: corre aquella pausada y silenciosamente, retratando en su seno los árboles y las maderas del puente, sombras inmóviles y medrosas, que semejan monstruos acechando á invisibles enemigos; y allá arriba, por entre los árboles, se ve un trozo de horizonte azul, formando contraste con el pajizo brillo de las eras, que parecen un plato enorme dorado al fuego.

El valle no tendrá, por lo más abierto, cien metros de anchura. Los montes que le circundan se elevan casi verticalmente, cubiertos de vegetación. Es aquel un sitio delicioso para veranear.

—El pueblo, sin tener mucho, no puede calificársele de pobre: sobre todo de pocos años á esta parte se le ve prosperar con la afluencia de bañistas, que allí dejan su dinero. El mayor contingente de la colonia forastera lo dan los aldeanos

de aquellas montañas, que durante el mes de Septiembre se «despueblan» de enfermos. Pero las aguas de Morgovejo van extendiendo su nombre y su fama y cada año es mayor el número de los *ciudadanos* que á ellas acuden en demanda de salud. No dudo que con el tiempo—y quizás no tardando—ha de ser Morgovejo el *balneario leonés*; el más concurrido y el preferido por los veraneantes de esta provincia.

En el pueblo no se encuentra nada de particular: la gente no es muy asequible que digamos. No he visto esos tipos de montañeses que los de la tierra baja tenemos metidos en la imaginación y queremos encontrar en cuanto llegamos á una aldea empingorotada: lejos de eso, me pareció ver el tipo degenerado de una raza muy fuerte y muy vigorosa en otros tiempos: se conservan en las fisonomías rasgos bastante pronunciados de aquellos celtas que poblaron principalmente el Norte de España y pudieron perpetuar su raza viviendo en las montañas, donde el comercio y la comunicación con pueblos extraños era más difícil. Hombres y mujeres no pasan de tener regular estatura: y el tipo, en general, es feo. Son de pocas carnes, secos, de facciones angulosas, y nerviosos; poco comunicativos, seriotos, pero astutos y observadores hasta dejarlo de sobra. Entrega-

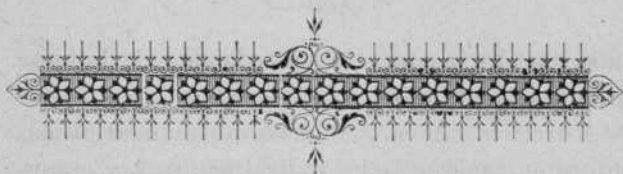
dos á sus faenas del campo, sólo se les ve los días de fiesta en que se reúnen en una pradera donde se forma baile. Este espectáculo no es el principal en la montaña: los bailes populares son más «artísticos» en los pueblos ribereños. En los montañeses lo más característico es la *lucha*, peleas singulares en que los mozos lucen su fuerza y más que esto su habilidad, su maña y destreza para vencer y derribar al contrario. Como en otras partes; el juego de bolos, en la montaña, donde la escasez de grandes llanuras impone otros divertimientos, los mozos se pasan la tarde en la lucha, hasta el obscurecer en que se van al baile. Y son de ver y admirar la ligereza y los puños de los garridos muchachos, fuertes como las peñas, sanotes, de amplio pecho y fárreos hombros, que cogidos de la correa ó la travilla del pantalón, *echados* uno contra otro, apoyándose mutuamente en el hombro izquierdo, van y vienen en medio del círculo de expectadores, pugnando por derribar al contrario, levantándole á puros puños y logrando hacerle ir al suelo, sin *zancudilla* ni trampa de mala ley. Y el que queda vencedor, sereno, cruzado de brazos, revuelta la greña, resoplando como un fuelle de fragua por aquellos pulmones de acero, espera al nuevo atleta que salga á disputarle el triunfo y que acaso está ya disponián-

dose para lanzarse á la arena, dejando libres los pies de calzado y remangados los pantalones hasta por encima de la rodilla para quitar estorbos.

Restos las luchas de juegos y costumbres de los primitivos pobladores, se aviene muy bien el espectáculo con el carácter y el *medio* del país montañés, y allí donde la agilidad y la destreza son *necesarias* para salvar los peligros de caminos difíciles, barrancos profundos, peñas casi inaccesibles, no se puede realmente encontrar otras costumbres populares que estén más en consonancia con las condiciones á que el propio país sujeta á vivir á las gentes.

Excusado es decir que á la colonia veraniega la entretiene los días festivos aquel espectáculo de la lucha aun más que el baile de las *mozas*. Llegada la noche, la reunión se disuelve, y en medio del silencio en que el pueblo queda sumido, solo de vez en cuando se oye el redoble del tamboril con que los mozos rondan el pueblo, ó el *¡jujú!* valiente que recuerda los grito de guerra que tantas veces resonaran entre aquellas montañas de donde salió formada y pujante la patria española.





LA LEYENDA DEL POZO

Ya he dicho que en el país se conoce con el nombre de *el pozo* el manantial de las aguas sulfurosas. Antes de edificarse el balneario, las aguas que brotaban de un pozo profundo al pié del monte, discurrían libremente por la pendiente hasta el río. Y tiene este manantial la historia de todos: que estaba abandonado, que nadie sabía que eran aguas medicinales; pero que *una vez* el «tío fulano», que padecía una enfermedad, «muy rara» y para la cual por lo visto no había medicinas ni remedios, fué y se metió en el pozo..... ¡y qué milagro! sintió un alivio tan grande, que repitió el baño, y á los tres ó cuatro días el enfermo es-

taba curado y como si en toda su vida hubiese tenido un mal dolor.

Corrió la nueva, vinieron al manantial más enfermos, sanaron todos radicalmente.... y esa es, poco más ó menos, la historia de los orígenes de la mayor parte de los balnearios.

En Morgovejo me presentaron, pocos años hace, al descubridor de las aguas, al *primer bañista*, que sintiéndose muy enfermo probó fortuna en el manantial aquel de aguas amarillentas, con nata de tonos metálicos, y la fortuna le fué propicia.

Pero esta historia vulgar no me satisfacía. En un pueblo montañés ¿no había de encontrar alguna leyenda? Aquel pozo milagroso no había de tener en sus anales un origen singular, una página *noble*, poética, un abolengo ilustre?

Me eché á rebuscar; pregunté á los viejos, revolví papeles.... y apareció la ansiada y poética historia, el noble aboleng, el origen ilustre..... aunque, francamente, ya no recuerdo cómo ni dónde lo hallé.

Lo cierto es que tomando de aquí y allí, induciendo, rellenando, salvando lagunas, esas dichas «lagunas» que aparecen siempre en los documentos antiguos y acaso en el punto de más interés y donde más estorban, para desesperación

de bibliógrafos, comentaristas y rebuscadores de antiguallas, pude dar al fin con el hilo entero de la leyenda, que publiqué en seguida en un periódico de León ¡no fuera á suceder que se perdiese para las venideras generaciones una joya como aquella!

Y dice así, tal como en el periódico apareció acabada de descubrir:

* * *

A la señorita Maximina Torbada

I

¿Te acuerdas de aquella praderita por donde *paseaban el agua*, al caer el sol, los bañistas de Morgovejo? ¡Como pensarás que allí, donde corríamos pisando menudas flores y yerbas olorosas, donde veíamos jugar á los bolos y cantábamos alegremente las coplas «del corro»..... ¡están las huellas de una Santa!

¿Qué no las viste?... Si hubieras madrugado mucho, más que el sol, y estado en la praderita cuando las yerbecillas titilan al sentir las caricias del aura matinal, vieras multitud de menudas flores, azules como el cielo, dormidas aún, con sus pétalos cerrados, y dejando al descubierto unas huellas chiquititas, impresas en la arena, frescas

y limpias cual si allí acabaran de posarse los pies de un niño. Y vieras también levantarse el sol, asomar su faz rubicunda por encima de aquellas peñas encantadoras y enviar su primer rayo, el más dorado y retozón de todos, á besar amorosamente las huellas y despertar á las florecillas azules, que abrían sus hojas y cubrían hasta la noche las pisadas de la Santa, para evitar que profanos pies se posaran sobre la arena bendita...

Pero yo te contaré la historia; y otro año, cuando corras por la alegre pradera oyendo el murmullo del río que se desliza entre las peñas cubiertas hasta la cima de verdor, acuérdate de la Santa y haz con las florecillas azules una corona: ya te diré dónde la has de colocar.

II

Hace muchos años ¡muchos! había en una aldea de aquellas montañas un matrimonio muy pobre, que tenía dos hijos y una hija: la niña, según cuentan las crónicas, era hermosa como un sol y alegre como un pajarito y tan devota de la Virgen, que continuamente tenía su dulce Nombre en los labios, y la llamaba Madre con mucha ternura y la dedicaba canciones que la inocente componía mientras guardaba el rebaño; porque la pobre niña era pastora y andaba todo el día por

entre aquellas peñas sufriendo los rigores del sol, del viento, del agua... Y en la praderita por donde tu has corrido tanto, había una choza de ramaje, en la que solía cobijarse la pastorcita cuando apretaba el calor ó amenazaba la tempestad; y allí se entretenía tegiendo coronas de flores azules y dando de comer yerbas finísimas, que ella buscaba, á su cabritillo blanco, el más saltarín y juguetón de cuantos en el rebaño había.

Pues señor, sucedió que la madre de la pastorcita se puso muy enferma, de un mal muy raro que nadie acertaba á curar, ni los físicos de entonces conocían. La niña no hacía más que suplicar á la Virgen y rogar por su madre, que se moría sin remedio. Como la Virgen parecía no escuchar las plegarias de la muchacha, ésta, llevada de su sencillez é inocencia, imaginóse que desde aquella praderita, escondida entre altísimas montañas, no era posible que su voz fuese oída; y decidió subir á la cima de una peña que rasgaba las nubes con sus picachos.

Y así fué: el cabritillo blanco sirvió á la niña de seguro guía y la condujo hasta la altura. Los hermanitos de la pastora dieron en buscarla por los valles y se mostraban muy apesadumbrados porque no la hallaban; pero un día vieron al cabritillo, que retozaba alegremente entre las bre-

ñas, y pensando que la niña no estaría muy lejos de él, siguieron sus pisadas montaña arriba, hasta que vieron á su hermanita puesta en oración con las manos cruzadas y la vista perdida en los cielos.

—Baja, baja—la decían—que ahí hace mucho frío y no tienes que comer, y te morirás.

Pero ella les contestaba candorosamente:

—Dejadme rogar desde aquí por nuestra madre. ¿No veis que en esta peña estoy más cerca del cielo? Así mi Madre la Virgen no podrá menos de oír mi voz, se compadecerá de nosotros y sanará á la viejecita.

Y diciendo esto, un relámpago vivísimo cruzó el sereno espacio, oyose el estampido formidable de un trueno que retumbó sordamente entre las peñas, y un rayo súbito vino á herir la piedra sobre la que momentos antes se arrodillara la niña: al punto brotó del agujero un chorro de agua cristalina *que olía á azufre....*

Los muchachos contaron en el pueblo lo que habían visto, acudió la gente, llevando á la enferma que quiso probar de aquella agua que el cielo había hecho brotar á los pies de la pastorcita, y la enferma sanó... ..

Ahí tienes el origen de aquellas aguas medicinales, que á beber acuden tantos pobreci-

tos enfermos, confiándola el remedio de sus males.

III

La niña no volvió á la praderita, ni quiso abandonar aquellas alturas á que había subido y donde estaba tan cerca del cielo: el cabritillo blanco iba y venía con los alimentos para la pastora. Un día llegó el inocente animal á la aldea balando tan tristemente, que todos presintieron una desgracia.... En efecto, la niña había dejado de existir; su alma pura como la sonrisa de la alborada había volado al cielo rodeada de ángeles..... Allí mismo, en la cima de la montaña que has visto tras del balneario, enterraron su cuerpecito delicado, y aún hay una hondonada, cubierta de flores de suavísima fragancia, donde dicen que reposan los restos de la Santita. Pero no se puede llegar allí mas que de un modo: siguiendo de noche, desde la pradera, las huellas de la niña, que quedaron impresas en el camino cuando subió á la montaña para estar más cerca del cielo.

—Si á Morgovejo vuelves, madruga un día mucho, más que el sol, busca y sigue las pisadas de la pastora y allá arriba, en aquella montaña que esconde su cima entre las nubes, deposita la corona de flores azules que hagas en la pradera por donde los bañistas *pisean el agua* al caer la tarde.



PEÑAS ARRIBA

—Como atraen los abismos, así me atraen á mí las alturas. Si echo á andar por la ladera de un monte, sin querer asciendo, y cuando me doy cuenta estoy arriba, en lo más empingorotado. Y crea usted que estas aficiones me tienen un tantico eseamón y receloso de mi mismo.....

—¡Hombre! ¿Por qué?

—Ha venido á parar á mis manos un libro de Richard, *Psicología de los viajes*, y en él me encontré con la funesta nueva de que la elección del país que uno quiere visitar es una revelación poderosa del carácter. ¿Y sabe usted lo que dice que somos los aficionados á las montañas? Pues *orgullosos*: en cambio los humildes y pacíficos prefieren los valles, como los apasionados el mar.....

—¡Ta, ta, ta! Eso será en Francia—repuso el pintor, con su voz alegre y sus muecas expresivas —en cambio á mí se me ocurre una explicación

del fenómeno, mucho más verosímil, y hasta más artística, ¡sí señor!

—Me muero de curiosidad.....

—Pues esa afición de usted significa que en la época de su última transformación era usted...., ángel, y ahora siente la nostalgia de las alas y de los espacios inmensos.

—Pue que sea eso—rectificó Máximo, el guía, metiendo cucharada en la conservación—pero lo que yo digo es que usted no le entiende al señorito..... Todo eso que le contaba son puros arroyos pa decirnos que está rabiando por subir á esas peñas y que le acompañe usted.

—¿Sí? Pue por mí, ahora mismo.....

Pero era tarde, y convinimos en dejar la excavación para el siguiente día. Andaba yo tramándola de tiempo atrás, con objeto de ver desde el pico más elevado la salida del sol; pero por más exploraciones que hacía, no encontraba atalaya de mi gusto. Por el oriente de Morgovejo cada peña tiene detrás de sí otra más alta, en cadena interminable. Se lo dije al pintor y á Máximo; pero éste, que para todo encontraba soluciones, no dió con una *fácil* en este caso. Sin embargo, se le ocurrió una observación:

—Mire usted—me dijo—le llevaré á usted mañana á un sitio desde donde pueda contemplar

una puesta del sol como no hay otra; y total igual: porque una puesta es una salida..... al revés.

Por su parte, el pintor que, como hijo del país, lo conocía á palmos, aseguróme que sin necesidad de largas caminatas, encontraríamos un observatorio excelente, y ocurriósele además *ofrecerme* un paisaje de luna, que precisamente por aquellos días «llenaba» y en aquel momento se aparecía en el horizonte con su caraza roja y mo-fletuda.

—Subiremos, me dijo, al *Rebollo del Moro*.

—¿A la Canalina?—preguntó Máximo; y sin esperar la contestación, continuó—Pues me alegro; porque de paso, le contaré á usted una leyenda de esa peña.

¡Ya era más de lo que yo podía apetecer! Una puesta de sol, un «efecto de luna» y una leyenda ¡Ni pedrada en ojo de boticario!

* * *

Desperté con el alba. Las contraventanas habíalas dejado yo abiertas de par en par la noche antes, porque, aún cuando no emprenderíamos hasta por la tarde la excusión, me impacientaba el saber si amanecería despejado; así es que con el primer rayo de claridad que la aurora metió en mi cuarto, salté de la cama, y á los dos mi-

nutos, plantado en el corredor, junto al perro que se desperezaba bostezando y estirando las patas, hasta casi tocar el suelo con la barriga, y oyendo la algarabía que armaban los gallos cantando á competencia en todos los corrales, escudriñé atentamente el horizonte, que poco á poco se iba iluminando y tiñéndose de ese color azul suave, transparente y límpido que hace tan hermoso el cielo de nuestras montañas. El día iba á ser espléndido, según los anuncios del amanecer.

Pero como desde las casas se descubre poco horizonte, porque el pueblo está enterrado en una hondonada, quise ampliar mis observaciones y me eché á la calle, seguido del perro, que batía alegremente la cola y corría delante de mí con un trotecillo menudo, yendo y viniendo sin cesar con el hocico al ras del suelo para no perder el viaje si por acaso encontraba el desayuno en una de sus escurribandas.

.
Decididamente —me decía yo al volver de mi observatorio— ni pintado, encuentro un día mejor para satisfacer mis deseos de *perseguidor* del sol á estilo del personaje de Julio Verne que va buscando el *rayo verde*, de espléndida hermosura, con que el sol se despide en el momento de hundir por completo su globo tras el horizonte del mar.

A media tarde, pues, el pintor y yo, con Máximo, el guía... y ciertos trebejos que llevábamos, entre los cuales no era quizás lo más importante la caja de pinturas, sino unos trozos de jamón y cecina deliciosos, echamos por el camino «del monte», y en vez de seguir hasta el balneario subimos á la cima donde hay una larga meseta que concluye precisamente frente á los baños.

Desde aquellas alturas es donde hay que ver á Morgovejo, con su vega luminosa tendida como rico manto de terciopelo entre los montes y orlada por la cinta de plata del rio Cea.

El pintor, entusiasmado delante de tal panorama, empezó á hablarme de tonos y colores, de contrastes y «efectos», de mil cosas que yo, sin saber expresarlas, sentía, porque la belleza entra en el espíritu por la emoción que produce lo misma que si los colores y las líneas fueran otras tantas notas de una armonía que, sin herir los oídos, escuchara el alma. Y después de mucho peyorar y entusiasmarse, cuando apenas estábamos á mitad del viaje, concluyó el pintor, parándose enfrente de mi:

—Y en fin, tenga usted en adelante como un verdadero axioma, que la belleza es, además de todo lo que he dicho y usted sabe de ella, *un aperitivo*.

Me eché á reir, celebrando las ocurrencias del artista; pero éste me atajó diciendo:

—¿Se ríe usted? ¡Hombre, pues si usted mismo lo habrá notado mil veces! Va usted de paseo; llega á un sitio bonito, á orillas de una fuente que murmura oculta entre ramaje, á una praderita muelle tapizada de flores, fresca, deliciosa..... y con la exclamación espontánea de «¡qué hermosura de lugar!» que usted lanza, vá unida. pero inmediatamente, otra tan *espontánea* como la anterior: «¡qué sitio tan apropósito para una buena merienda!».....

Y entonces el que soltó primero el trapo á reir fué el mismo pintor, mientras buscaba en el cesto un buen trozo de cecina..... Prácticamente me convencí del axioma: el arte, la belleza, es *hasta* un aperitivo.

*
* *

A pocos metros del balneario, al norte de él, se eleva un cerro, de poca más altura que los demás que limitan la vega de Morgovejo y que en el país llaman «la Canalina». Aparece coronado de una cresta rocosa que de lejos semeja restos de una muralla ó de uno de esos antiguos castillos feudales edificados como nidos de águilas en lo más alto de las peñas. Tiene nombre *histórico* el

monte aquel: el *Rebollo del Moro*; y al oír yo semejante denominación, antojóseme que allí *había leyenda*.

Y en efecto, mientras subíamos sin grandes esfuerzos, porque es muy accesible el *Rebollo*, empezó á relatar Máximo lo que sabía.

—Esta peña—contaba el muchacho con cierto tonillo apagado, como si fuera á revelarnos algún secreto—está hueca. Arriba verán ustedes unos hoyos, que dicen los viejos que son galerías, ya cegadas, que comunicaban con grandes habitaciones que hay aquí abajo.

—Vaya, lo de siempre—interrumpió el artista. —En toda la montaña encontrará usted el mismo cuento: cada pueblo de estos tiene su peña *hueca*, donde hay enterrado y oculto un tesoro.

Y haciendo un gesto que denotaba indiferencia é incredulidad, alargó el paso, colocándose delante de nosotros, y comenzó á silbar un paso doble de una zarzuela.

—Sin embargo—me atreví á objetar—oigamos al guía: ese nombre de *Rebollo del Moro* ya indica algo, porque los nombres *históricos* no han surgido al acaso en los pueblos: son la única indicación, el único recuerdo quizás, que tenemos de sucesos cuya memoria se ha perdido. ¿No le parece á usted que todas, absolutamente todas las leyendas

que corren en boca de estos aldeanos tienen algún fondo de verdad histórica, que son «verdades» más ó menos disfrazadas por la imaginación popular?.....

—¡Pues ya lo creo! ¡Ni más ni menos!—exclamaba Máximo, que no entendía seguramente palabra de lo que íbamos hablando, pero «se ponía de mi parte» al ver que yo no calificaba de cuentos de viejas el que él había empezado á contarlos.

Y á todo esto estábamos ya en la cima de la montaña.

Apareció á nuestra vista una gran meseta rectangular, flanqueda por enormes murallones de una constitución singular, como seguramente no se encuentra en montaña alguna no siendo en estas inmediaciones de Morgovejo. Son bloques inmensos de conglomerado, de piedras, de canto rodado sujeto por la argamasa durísima de la tierra entremezclada con ellos. La meseta efectivamente parece un gran solar de las ruinas de un antiguo castillo, donde la imaginación cree ver aún el extenso patio de armas, los fosos, los muros, el emplazamiento de los torreones, etcétera, dándole mayor relieve y carácter aquellos bloques formidables desprendidos de entre los que aparecen como lienzos de muralla y rodados

sobre la meseta y la pendiente que á ella conduce.

Al hallarnos en aquel lugar misterioso, confesó el pintor que podía ser verdadera la leyenda: que cuadraba muy bien el nombre de *Rebollo del Moro* al sitio aquel y que *ahora* nadie le convencía de que no estaba visitando las ruinas de una antiquísima mansión feudal. Y mientras descansábamos de la fatiga de la excursión sentados á la sombra de uno de aquellos enhiestos bloques formidables que aparecen sostenidos sobre la pendiente por un milagro de equilibrio, fué el artista el primero en pedir á Máximo que continuara la relación, en tanto que tomaba sobre el papel apuntes del lugar, dibujando á grandes rasgos el croquis de la meseta, con su singular almenaje.

Contó entretanto el guía la prometida leyenda, una de esas historias de moros y cristianos, en que andan revueltos el amor y la ambición, para venir á parar en que en lo interior de aquella peña y pendientes del techo de una galería, era fama que se hallaban, metidos en pieles de toro, un moro y una doncella y el tesoro inmenso de un conde desgraciado que allí dejó muertos y enterrados para siempre los cuerpos de los dos traidores amantes y las riquezas ganadas en fuerza de

pelear, retirándose él al desierto, harto del mundo y agobiado por las penas.

Máximo hablaba con su pintoresco lenguaje, admirándose de lo que él mismo decía, y tanto como la leyenda nos parecía interesante, al pintor y á mi aquella manera de relatarla, aquella mímica expresiva del muchacho y la emoción que sentía al recordar tan tremendas y extraordinarias escenas.....

El sol declinaba. El cielo profundamente azul aparecía de una limpidez cristalina y de una serenidad magestuosa. Puestos en lo alto de uno de aquellos inmensos bloques que flanqueaban por el sur la meseta, descubrióse á nuestra vista un panorama hermosísimo. El horizonte era extenso: el cielo azul se recortaba á lo lejos entre las crestas y picos de las montañas, más bajas que la atalaya nuestra, semejando un mar inmenso del que salían blancos islotes. Enfrente de nosotros la mole enorme de Peña Corada, una de las más altas de aquella cadena interminable y cuya pelada cresta se divisa desde lejanos pueblos del llano paramés, aparecía elevándose sobre todas como un monstruoso gigante. El sol que doraba los aires, inflamando con vivísimos resplandores el espacio, teñía de tonos de escarlata los lomos de aquellas peñas que asomando unas sobre otras sus cabezas

en un hormiguelo inacabable, parecían fantasmas que en medio del silencio absoluto que reinaba en la extensión infinita, acecharan la venida de las sombras para comenzar una danza infernal. ¡Espectáculo maravilloso! La luz que venía á torrentes del cielo, llenaba el espacio de reflejos á cada momento diferentes; ora el brillo refulgente y vigoroso del rayo de sol que inflama los átomos que en el aire flotan, ora el reflejo vivísimo de la púrpura de que aparecen teñidas las altas peñas, ora los cambiantes del arrebol que enciende en el horizonte el sol al declinar.

...No sabreis lo que es bueno, bañistas de Morgovejo, si no subís al *Rebollo del Moro*, á ver una puesta de sol; á ver aquel oceano luminoso, del que surge un archipiélago de peñas blancas que el sol tiñe de oro y de púrpura y que medio desaparecidas é invisibles cuando el mar de luz llena los espacios, poco á poco, conforme se hunde tras la cadena de montañas el sol, van destacándose más firme y vigorosamente, cual si crecieran y avanzaran, estrechándose, abrazándose unas á otras.

Por el lado opuesto, allá sobre Morgovejo, aparecía la luna, llena, enorme, como un globazo de fuego que se elevaba lentamente. Una faja de plateada luz extendíase también, mientras se

desvanecía en el lado opuesto, por donde el sol escapaba, el brillo refulgente del arrebol: oculto detrás de las lejanísimas montañas, el astro rey cedía su puesto á la luna: el pintor, entusiasmado, le había despedido con vítores. El cielo como un cristal de transparente y limpio, enviaba ahora, difundiéndola por los espacios, una luz suave, un claror plateado, en medio del cual empezaban á parpadear los ojos de fuego de los luceros. Ya nos habíamos despedido del sol que acababa de esconder su nimbo, y se disponía el pintor á lanzar el discurso de bienvenida á la apacible Diana, cuando Máximo nos gritó:

—¡Esperad! Falta lo mejor. ¿A cuántos estamos?... Justo: hoy es el día: mirad allí.... entre aquellas dos peñas que parecen unidas. ¿No véis una sombra en medio? Pues es una cortadura, y por allí asomará al instante el sol, que hoy llegará á ponerse á esa altura.

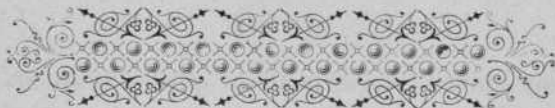
Y de pronto, allí donde mirábamos brotó un rayo de oro, vivísimo como un relámpago, que envió su luz á través de las dos peñas, extendiéndose sólo por el espacio, resbalando por el cristal del cielo...

—¡Se me había olvidado!—exclamaba el guía.
—¡Si es hoy el día del *beso de oro*; el único día en que el sol llega á aquellas peñas, para mirar

por la rendija á la luna y enviarla un rayo de su luz.....

Fué tan inesperado, tan súbito y tan hermoso el *beso* aquel que no recuerdo haber sentido en mi vida una emoción semejante.





LAS CUEVAS DE CAMINAYO

Allí cerca, á la puerta de casa, como quien dice, estaban las famosas «cuevas,» de que tantas maravillas nos habían contado. Para unos cuantos amigos que sabían aprovechar el tiempo visitando todos los lugares dignos de verse en aquellas montañas hermosas de Morgovejo y Prioro, donde los más bellos panoramas se ofrecen á la contemplación del viajero *que siente* como las vistas de un estereóscopo gigantesco; que no les arredraban dificultades ni peligros, con tal de ver grandezas de la creación y llevar al alma impresiones de «suprema estética», de la que conmueve hondamente y hace experimentar tan pronto el entusiasmo como el terror, la alegría serena, dulce, que ocasiona la contemplación de un valle escondido entre montes cubiertos de verdor y donde la luz ríe en los manantiales, acaricia á los pájaros y enciende los pétalos de las flores, ó el

sentimiento de inferioridad, de miedo, de cobardía que surge á la vista de un desfiladero entre altísimas peñas que amenazan al viandante con un súbito derrumbamiento, ó de un torrente que se precipita con estruendo inaudito levantando al chocar en las piedras nubes de espuma que salta, se retuerce, lanza en todas direcciones vertiginosamente gotas menudas que brillan como chispas de un hogar, encandecidas por los rayos del sol.... para los que habían subido á alturas donde el vértigo ata de pies y manos al más «sereno de cabeza» y habían derrotado pantalones y americanas saltando peñascos y cruzando jarales enmarañados, á esos era hablarles *de un deber* decir á sus barbas que á una legua de su cuartel general había cosa digna de verse.

—¡A las cuevas, á las cuevas!—fué el grito que resonó en el comedor de la fonda (*vamos al decir*) la noche del 20 de Agosto.—Y crecía el entusiasmo por la expedición, á medida que las gentes del país nos ponderaban los peligros á que era ocasionado el empeño de visitar unas cuevas laberínticas, que nadie había recorrido por entero. «Que un ingeniero estuvo todo un día perdido en las enmarañadas galerías; que nadie del país se atrevería á entrar; que no había guías; que dentro debía de haber un río caudaloso, ó un torrente

descomunal, pues se oía el ruido desde la entrada de la gruta» y de patrañas, vestiglos, animales feroces, simas en cuyo fondo blanquean humanos huesos, emparedamientos súbitos y hasta de brujas y diablos mil noticias y relaciones; todo sirvió de leña que añadir al fuego de nuestro entusiasmo y de incentivo poderoso á nuestra curiosidad, verdaderamente irresistible.

Se hicieron los preparativos, sin olvidar el más nimio detalle: bastones fuertes y de aguzado regatón, cuerdas, candiles de mina y velas, paja para ir sembrando por el camino á fin de evitar en lo posible el perderse en una galería, advertencias y consejos *mutuos* acerca del tiempo, modo, llamadas, disciplina y cuanto convenía al buen éxito de la visita á las entrañas de la tierra; y sobre todas estas cosas, tres grandes tortillas de jamón y chorizos y dos buenas botas de vino, me parece que eran precauciones y avíos capaces de animar á cualquiera y darle fortaleza para acometer la magna empresa de desencantar á la hermosísima agarena, prisionera há muchos siglos en aquellas cuevas inexploradas, al decir de la leyenda.

Porque es de advertir que las cuevas de Caminayo tienen leyenda.

*
* *

Que es como sigue y según la oí de labios de una anciana, con más cuentos de brujas en la cabeza que arrugas y patas de gallo en el rostro:

«En tiempo de los moros, un señor muy poderoso, de estas tierras, reunió una vez sus huestes y entróse á sangre y fuego por los estados del enemigo. Topó luego con un castillo, donde vivía un príncipe árabe que tenía una hija hermosísima, la cual al ver la gentileza y valentía del castellano, enamoróse perdidamente de él. Fué el caso, que se vino á tierras de León la feliz pareja; pero el diablo que no duerme, llevó la noticia á una joven castellana, que era la prometida del poderoso señor; y tales celos encendió en su pecho, que la nazarena juró vengarse del ingrato, de tal modo, que para siempre quedase el recuerdo de su odio, como para siempre la quedaba á ella el recuerdo de su ilusión perdida. Y al efecto, andubo muchos días en tratos con una bruja de este país, maestra consumada en toda suerte de sortilegios y maldades, y al fin quedó convenido el plan y trazada la superschería: la hermosa agarena sería transportada una noche, en andas y volandas, desde el palacio á la cueva, y allí quedaría, abandonada en una gran sala que hay detrás de un río profundo que ustedes verán, y que nadie ha podido atravesar. Así se hizo; y no fué en-

cerrada solo la mora sinó que también todos sus tesoros y riquezas, en una gran arca de hierro que está á la entrada de la sala. Más no paró aquí la venganza, porque las grandes riquezas acumuladas por el caballero cristiano fueron convertidas en carbón y encerradas también en un arca, colocada junto á la otra..... Murió el señor de pesar ¡que más matan penas que enfermedades! y su alma, es fama que anda vagando por estos contornos, buscando su amor y sus tesoros; y dentro de la cueva se oyen según cuentan, lamentos tan tristes que parten el corazón.....

—Dígame abuela—la interrumpí—¿y qué sabe de la mora encerrada?

—Pues quedó convertida en piedra—y no saldrá del encanto mientras no haya un hombre que, pasando el río, pueda volcar en un foso que rodea á la mujer de piedra, todo el carbón del arca..... Pero si se equivoca y vuelca la del oro, que es igual, quedará también encantado y convertido en piedra, pegada al techo..... Luego de pasar el foso, y ayadándole el valor, porque allí el ruido del río y los lamentos del alma en pena del caballero, ponen espanto en el corazón más fuerte, tendrá que apagar de *un soplo* dos lucecillas que danzan alrededor de la estatua y que dicen que son los ojos de la bruja que vigila de día y de noche

en aquel lugar: y si lo consigue, la mora saldrá del encanto».....

No quise oír más: guardé mi cartera donde llevaba apuntado más de lo que era preciso para intrigar la curiosidad de un *tourista*..... con ribetes de caballero andante, y puse cátedra entre mis amigos contándoles la historia que la cueva «se traía.»

Excuso decir cuál sería el efecto producido por las noticias de última hora que me había proporcionado en la entrevista con la anciana. Aunque nadie de los presentes creyera en brujas, estoy seguro de que aquella noche les sucedió á todos lo que á mi: que, dormido, soñé con la mora encantada, y despierto puse empeño en convencerme de que la leyenda era pura verdad.

Solo por el gusto de echárnoslas al siguiente días de aventureros folletinescos y «desencantadores» de los tiempos medioevales, cuando estas *hazañas* eran el pan nuestro de cada día, si ha se ha de creer á la mitad de las viejas que andan por el mundo.

Amaneció. ¡Siempre el tiempo fué largo para el deseo, pero nunca creimos que le pareciera interminable una noche del verano!..... Nos echamos á la calle, alegres, animosos: éramos seis y

los seis dábamos órdenes á gritos, como si hubiera de seguirnos y obedecernos un batallón. Al fin, guiados por Máximo, que creía á pies juntillas que no volveríamos sin haber «metido mano» al oro del arca, emprendimos la marcha monte arriba, camino de las cuevas.

Yo no he visto en mi vida espectáculo más sorprendente que el que á nuestros asombrados ojos se ofreció, en cuanto subimos á la meseta del monte en cuya falda quedaba, dormido aún, el pueblo de Morgovejo. Una garganta, de una legua de extensión, imposible de pintar y describir, descubrimos á nuestros pies, toda llena de verdor, de arroyuelos que serpenteaban entre flores, de sombras que convidaban al descanso, donde la luz del sol, que ya asomaba por encima de las peñas, llegaba en oleadas inmensas que producían cambiantes diamantinos al herir las gotas de rocío escondidas entre la yerba..... A ambos lados, descomunales montañas, vestidas hasta la cumbre y pobladas de robles que entretegían sus ramas, de tal manera, que á veces se nos figuraba andar por encima de un montón enorme de hojas verdes: enfrente, la pelada sierra del Cueto, sombría, fragorosa, asomando su dentellada cresta por encima de los montes que nos rodeaban, semeando un titán que pretendieran rasgar las nubes y ha-

cer girones el cielo desde aquellas tremendas alturas. Y detrás de nosotros, cerrando el grandioso panorama, solitaria, soberbia, destacando su silueta vigorosa en el horizonte azul, la altísima Peña Corada, que pasa el invierno escondida entre las nubes.

¡Renuncio á hablar más de aquel cuadro, mejor para sentido que para descrito! La Suiza española, y de ésta, la Suiza leonesa, hay que verla, hay que meterla por los ojos en el cerebro, para comprender su grandiosidad, que impone y á la vez anima, halaga; llena el alma de impresiones imperecederas y de ideas grandes, sublimes..... de la idea del Dios omnipotente que hizo tantas maravillas con el *fiat* creador de su voluntad soberana.....

Con esto, no podía hacérsenos largo el camino, ni áspera y difícil la ascensión. Cansados los ojos de tanto contemplar paisajes, dorados por el mar de luz que todo lo invadía; mareados por la sucesión rápida de impresiones, y esperanzados cada vez más de no perder el día cuando tales eran los comienzos, caminamos una hora, hasta divisar la peña de las *Cuevas*. Allí hicimos alto: era necesario que *una comisión* subiese al pueblecito de Caminayo, á saludar al Sr. Cura y rogarle que nos acompañase en la exploración subterránea; pues

teníamos noticias de ser aquel sacerdote la única persona que conocía de antiguo las cuevas, y bueno era tener quien *nos presentase* á la mora encantada.

Tres expedicionarios siguieron hacia las cuevas con el cesto de las tortillas; sabroso encargo que confiamos, no de muy buena gana, dicho sea en honor de la verdad, á su vigilancia y cuidado. Los otros tres continuamos subiendo, subiendo, media hora más, hasta dar con el pueblecito. Dejemos á los tres primeros, sentados cerca de las cuevas y tentados por el olor del almuerzo, y vengan ustedes con nosotros á Caminayo: es un pueblecillo que ocupa el lugar que debió ser destinado exclusivamente para nidos de águilas: tal es la altura á que se encuentra. Pudimos llegar á él por ir en el mes de Agosto: lo menos nueve meses del año debe de pasar aislado del mundo, por causa de la nieve. En derecho nos fuimos á casa del cura párroco. Verle, y decirnos unos á otros *sotto voce* «qué simpático es» fué todo uno: si es cierto el dicho de que «á las personas se las recibe según la ropa que llevan y se las despide según el talento que demuestran», nunca mejor que á la ocasión presente pudiera referirle: por las trazas nos pareció D. Florentino—que así se llamaba el Cura—un buen Padre de almas, de

sonrisa bondadosa y generoso corazón, verdadero tipo de cura de aldea, como aquel que de mano maestra pintó Escrich: por las palabras conocimos al hombre instruído y modesto, que lleva toda su vida en el pueblecillo aquel—pues es hijo de Caminayo—enseñando á *vivir bien, para bien morir*, á sus sencillos feligreses: hacía diez minutos que estábamos con él y ya le contábamos en el número de los mejores amigos.

Le expusimos nuestros propósitos de entrar en las cuevas; al punto se ofreció á acompañarnos, animándonos con el anuncio de que no nos había de pesar el haber ido allí. Cada uno le habló de sus precauciones..... y de sus temores.—¿Hay osos por estas sierras, señor cura? le pregunté.—Algunos, por el invierno.—Lo pregunto porque..... vamos, francamente, á cien pasos dentro de las cuevas, nada temeré, pero me asalta la idea de que hacia la boca puede haber algún bicho.....

Y el bueno de D. Florentino me contesta con cachaza: no, no hay osos en la gruta *¡pero, aunque los hubiera!.....*

Creo que nos costó trabajo, á los tres, tragar la saliva en aquel momento. ¡Aunque los hubiera!.... Nos que lamos mirándole, sin saber qué decir, porque aquello no tenía más que una contestación: volvernos á casa. Pero el buen señor

se encargó de desvanecer nuestros pesimismoes súbitos, y por el camino nos contó cómo había matado él un oso de ocho arrobas á dos metros de distancia. Nos resultó el señor cura un hombre valiente, de corazón bien templado y hecho á los peligros de las sierras desde niño, cuando andaba á palo limpio con los lobos que perseguían á los rebaños. Decididamente aquel hombre nos era muy simpático: pusimos en él, *in mente*, toda nuestra confianza, y nos dejamos guiar.

A una vuelta del camino, se nos apareció de pronto la peña de las cuevas, con la enorme y obscura boca de estas enfrente de nosotros. Era un cono inmenso de pelada roca, que parecía surgir de entre la pompa de las arboledas, como la cabeza de un gigante al conjuro de un mago misterioso. Nuestros tres compañeros, de pié á la entrada de las cuevas y agitando los pañuelos nos parecieron gnomos casi invisibles despidiéndose de la luz, para hundirse en el abismo de sombras que detrás de ellos se descubría. Era un mágico espectáculo aquel, que no nos cansábamos de contemplar: el cielo brillante, terso y límpido como un espejo; la naturaleza bravía, fastuosa, haciendo gala de su vida potente; el silencio sepulcral; todo grande, todo solemne, convidando á amar, á vivir... ¡Oh! Qué deleznales me parecieron en-

tonces los goces y los placeres que la vida de la ciudad proporciona al alma, comparados con las emociones intensas que aquel día experimentábamos, frente á las maravillas inexplicables de la creación!... Me acordé de mis amigos, de mis paisanos que viajan á encerrarse en poblaciones obscuras, polvorientas, donde el sol no brilla, velada su luz por la humareda asfixiante de las fábricas, teniendo tan cerca la Suiza española, menos conocida y apreciada aún que la otra Suiza, con ser tan hermosa, tan sublime... Un literato español se lamentaba, no ha mucho tiempo, del mal gusto de los que prefieren el ajeteo de la ciudad, del puerto de moda, á la vida del campo donde el bienestar y la salud flotan en los aires con los átomos de oxígeno, y sobre todo de los que no saben dar al corazón lo que necesita, entusiasmos, placeres puros y al alma ideas nobles, elevadas, cuando á tan poca costa pudieran conseguirlo, recorriendo nuestras montañas donde todo habla al espíritu con un lenguaje encantador que hace asomar, sin saber por qué, las lágrimas á los ojos: no había comprendido toda la verdad que el artículo del ilustre escritor encerraba hasta aquel momento en que la vida espléndida del campo se me ofrecía con todos sus atractivos.

El viaje que acabábamos de hacer, la alegría, el entusiasmo por la expedición, las emociones que habíamos experimentado en el camino y las que esperábamos recibir, contribuyeron en gran manera á avivar nuestro apetito, que se «reveló» prosáico hasta más no poder. Hubo quien intentó organizar y comenzar al punto la exploración subterránea; pero fué necesario abrir discusión sobre tan importante extremo.

—Pido la palabra—gritó uno; y como no era fácil saber á quién la pedía, nos quedamos mirándole.....

—Propongo—dijo—que almorcemos incontinenti.

—Protesto—murmuró otro—yo no pruebo de ese plato...

—Quiero decir que almorcemos ahora mismo, antes de entrar en las cuevas. Y voy á apoyar mi proposición.

(A todo esto, algunos ya *se apoyaban...* por dentro con sendos pedazos de tortilla y sorbos de vino.)

Bastó esto para que nos convenciésemos todos de que la mejor manera de argumentar era almorzando; así como andando se prueba el movimiento. Y entonces, sentados entre peñascos enormes, desprendidos sin duda de lo alto de la sierra, y

entre bocado y trago, pudimos meditar serenamente.

—Después de todo—decía no se quién—bien hacemos almorzando ahora: porque si llegamos á equivocarnos de arca y volcamos la del oro en el rio, ya sabeis que nuestro destino es decorar el techo de una galería en calidad de estalactitas por fuerza; y en ese caso, ahí quedaban las vituallas para merienda de gorriones.

—¡O de gorriones!

Además...

—Calla y come—le interrumpieron—que oveja que bala, bocado pierde.

—Bueno, que diga otro lo que iba á decir yo.

Nadie se dió por aludido: parecía que pensábamos todos que «al buen *comer* le llaman Sancho,» y no se volvió á oír, en un cuarto de hora, otro ruido que el castañear de dientes y el respirar con fuerza que sigue á los buenos tragos.

Terminado el almuerzo y mientras los fumadores liaban sus pitillos, el orador de marras preguntó tímidamente al *concurso*:

—¿Me dejais hablar ahora?

—Sí, hombre sí ¿qué tienes que decir?

—Pues lo del gitano: comida hecha, conversación desecha.

Aquello fué como un conjuro poderoso: todos

nos levantamos, y comenzaron los preparativos, en la boca misma de la cueva.

La entrada no puede ser más digna del palacio encantado de la infeliz agarena. Hacia la mitad de la altura de la peña y situada en dirección S. E., rompe la monotonía del soberbio cono un arco monumental, de los que llaman los que de estas cosas entienden *de asa de cesto* (ó carpapel rebajado), magnífico, perfectamente pulimentado por la acción de los vientos y las aguas, de seis metros de largo por 2,80 de altura. Desde allí hasta *el piso* de la galería se extiende una rampa llena de peñascos que han venido rodando por aquellas alturas, como si corrieran á refugiarse en las cuevas, temerosos del furor de los elementos que los combaten sin cesar. Era un cuadro de sorprendente efecto, ver á los siete expedicionarios, de pié sobre las rocas, iluminados fuertemente por la luz del exterior, atarse cinturones y disponer sus candiles; con no sé qué extraña expresión en el semblante, mezcla de alegría y de temor... de temor á lo desconocido, á aquella galería, sumida en sombras, cien veces más obscuras que las sombras de la noche, que á pocos pasos de nosotros se abría, como las fauces de un mónstruo mitológico...

Desde la entrada volvíme á contemplar aquellos hermosos paisajes llenos de color «resumiendo» en mi alma, como en síntesis suprema, todas las impresiones de grato solaz, de imponderable deleite que me habían producido durante el viaje. Allí quedaban la vida, la alegría, la luz... iba á ver el reino de las sombras, del silencio, donde luchan sordamente año tras año, siglo tras siglo, las fuerzas más poderosas de la creación, ocultas en leves gotas de agua que en medio de la obscuridad labran, cincelan, pulimentan, horadan, roen las entrañas de la tierra y fabrican en ellas y con ellas maravillas sin cuento, que jamás acariciarán los rayos del sol.

Mis compañeros me llamaban, y hube de interrumpir mis incipientes meditaciones. Al entrar siéntese uno rodeado de una atmósfera húmeda, pegajosa y picante como el vaho de una bodega.

Estábamos en un gran vestíbulo, á la derecha del cual se divisaba confusamente una serie de arcos inmensos, como los de un claustro gótico, que se perdían en la negrura. Enfrente de la boca, á dos metros próximamente de altura llamó nuestra atención un agujero curiosísimo que más parecía obra del arte que producto de la ciega dinámica natural: era un arco trivolado, fino, esbelto, de sorprendente factura, digno de una capillita

gótica, de curvas tan elegantes y tan perfectas, que nos costó trabajo creer cómo aquella «monada» había sido hecha—como en mi opinión lo ha sido—por el agua de un torrente que desde gran altura y en la época del deshielo debe de precipitarse por allí. El *tubo* que se descubría desde el arco aquel y lo pulido de la rampa sobre que asienta, aparte de otros detalles, parecen confirmarlo.

Nos encontrábamos en una gran plazoleta, que bien puede llamarse el vestíbulo de aquel palacio subterráneo; de techo elevadísimo, abovedado, donde apenas alcanza la luz que por la cercana boca penetra. A la derecha se descubría la entrada amplia y cómoda de una galería, que *hoy* es la principal. Forma su entrada un arco rebajado de 7'50 metros de luz, por donde pasamos sintiendo una extraña y desconocida sensación al sumirnos de pronto en las tinieblas... Con los candiles en alto, avanzamos admirando los soberbios pilares del arco aquel, que proyectaban sombras medrosas al pasar los exploradores; el piso excesivamente húmedo y formado por una capa de arcilla muy compacta, nos obligaba á marchar con lentitud. Desde el arco, el techo baja en rápido declive, y á los 4 ó 6 metros de la entrada se encuentra una bóveda plana colosal, hermosa, á un metro de altura y lo menos cinco de larga por

siete de ancha: creo que una de las cosas que más llamen la atención de los que visiten en adelante estas cuevas, como la habrá llamado seguramente á los que las vieron, será la bóveda de que hablo: me parece haber visto otra de esta clase en el Escorial; pero es de fijo más interesante las de las cuevas de Caminayo. Por debajo de ella se pasa con miedo: cómo se sostiene aquel techo de piedra, con el peso enorme que tiene encima, es cosa que nadie se parará á averiguar allí debajo: la roca amenaza y huye uno instintivamente. Hacia el final de aquel paso y junto al muro de la izquierda, en que yo me apoyaba, una gota de agua, desprendida del techo, me avisó de que tenía, un paso delante de mí, un charco..., Acerqué la luz y ví un manantial temblando aún con las ondas que produjo la gota al caer en su seno. En el fondo y en los rebordes observé la sedimentación propia de las aguas ferruginosas. Acordéme entonces de que, en la base de la peña de las cuevas, cerca del camino, me habían enseñado la fuente que los naturales del país denominan del «hambre» y que es sencillamente un manantial de agua de hierro, que por allí abunda.

Esa fuente del hambre tiene también su leyenda, que no es del caso relatar, pero cuya parte interesante gira alrededor del hecho de descono-

cerse el origen del citado manantial: por la posición que éste ocupa, indudablemente nace ó toma sus aguas de esta otra fuente ferruginosa que ví dentro de la cueva, y cuyo caudal se pierde enteramente á los pocos pasos entre la arcilla.

Las exclamaciones y gritos de admiración de mis compañeros, que se habían adelantado, llamaron mi atención, y tan aprisa como era posible andar allí, me acerqué á los entusiasmados exploradores. Una gran sala, de elevada techumbre y preciosa ornamentación descubrieron mis ojos, que no se cansaban de contemplar aquella maravilla. Púselas el nombre de *Salón de los siete amigos*, en conmemoración y recuerdo de los siete exploradores; y mientras uno con la luz sobre un peñasco, tomaba apuntes de una *puerta* que al fondo se veía, íbamos y veníamos los demás mirando el salón y alumbrando todos los rincones... Los ecos dormidos en aquellas profundidades despertaban con nuestros pasos, que repercutían sordamente en cien sitios á la vez: las espesas sombras huían de mala gana por los alcabores que en el techo se descubrían retorcidos como espirales y que se perdían de vista, peña arriba. Al lado izquierdo, vimos un camarín precioso, que llamamos de las *Coliflores*; una peña, que no tendría menos de dos metros de altura, yacía en el fondo del camarín,

todaafiligranada por el agua que en gotas casi invisibles se desprendía del techo: era aquella una labor delicada y primorosa, que supone cientos de años de formación. Se ve realmente una gran coliflor de hojas menudas y tallos llenos de granitos apretados y de un color amarillento, que completan la ilusión.

En el mismo sitio descubrimos otra «monada»: pendiente del muro de la derecha vimos un paño plegado, blanco, fino, *puesto* allí como para secarse y tanto más parecido, cuanto que de sus pliegues se desprendían lentamente gotas de agua.... Lo tocamos, lo palpamos bien y aun nos costaba trabajo creer que aquello fuese piedra... Otro detalle curiosísimo de aquel salón (que mide cinco metros de largo por ocho de ancho) es la *puerta* de que he hablado más arriba: es un hueco que parece abierto á posta para dar paso á otras habitaciones: tiene un montante, al cual no nos atrevimos á subir, porque está formado por una leve capa de arcilla que se hubiera derrumbado con el peso de cualquiera de nosotros. Por encima de él se descubría la boca de una galería. ¡Dios sabe dónde iría á parar, por entre las entrañas de la roca, aquel obscuro agujero y cuántas maravillas habría allí encerradas y envueltas en las eternas sombras de aquellos lugares que nadie visita!...

El techo desigual del *salón* de los siete amigos es otra preciosidad, de esas que si una vez se contemplan dejan imborrable impresión y ve uno á toda hora, en cuanto cierra los ojos. Penden de él innumerables estalactitas, finas, delgadas, airosas, casi todas ellas en los comienzos de su formación y tan blancas que parecía, á media luz, que teníamos á la vista un techo árabe lleno de alicatados, filigranas é incrustaciones argentinas. Era un efecto sorprendente el que producían las luces en aquel techo de plata por donde resbalaban los rayos luminosos, danzando de una en otra estalactita y descomponiéndose á veces con los brillantes tonos del iris. ¡Qué espectáculo tan risueño y seductor! ¡Cómo parecían alegrarse con la luz los genios invisibles de aquellas cuevas, y pagarnos la visita con una función de pirotecnia maravillosa que no nos cansábamos de presenciar!

Pero era forzoso abandonar el *salón*, porque había más que ver. Ya alguno de los expedicionarios, que se había separado de nosotros nos gritaba «¡venid, venid! Esto es magnífico»... Nos dirigimos á la derecha del *salón*, donde había una como puerta secreta que comunicaba con una estrecha galería.—«Aquí hay una *muceta* incomparable, como no la ha lucido nunca ningún doctor»—exclamaba el explorador guiándonos hacia

una especie de camarín, de techo convexo, del cual pendía una inmensa roca de tal manera fileteada, que la semejanza con una muceta no podía ser más patente y absoluta. Quedó bautizado con ese nombre tan extraño camarín.

A todo esto, nos faltaba ver lo mejor: la *otra* galería, la principal, la medrosa, la que conduce al temible río.... En nuestro afán de experimentar las sensaciones intensas que producen los grandes fenómenos de la naturaleza, quisimos penetrar desde luego en esta nueva galería, sin acabar de ver la anterior.

—¡Al río, al río!..... ¡A desencantar la agarena!..... ¡A soplar los ojos de la bruja!..... eran los gritos que lanzaban los exploradores y que se perdían entre las oquedades de la peña, cuyas entrañas hollábamos sin compasión. Y mientras don Florentino, nuestro amigo y valiente guía, buscaba el agujero por donde habíamos de escurrirnos para asaltar la fortaleza de la encantada mora, nos preparábamos para el ataque bebiendo como veteranos y arreglando nuestras armas, las luces, los bastones, las escalas..... La alegría nos rebosaba en el pecho: todos hablábamos á lá vez, contando cada uno sus impresiones, enseñando las joyas que llevaba (estalactitas de mil formas caprichosas, piedras en las que el agua había hecho la-

bores delicadas, etc.) Algunos *se acordaban* entonces de las caídas, traspiés, arañazos y chichones que lograrán en la visita á aquellos lugares donde el techo á veces se pierde de vista y dos pasos más adelante se le encuentra á poca altura del suelo, y donde éste está lleno de grietas enormes, de fango, de peñascos, de manantiales y....

—¡Horro!—exclamé entonces—y de simas como ésta en cuyos bordes estamos tan tranquilos. ¡No moverse! ...

Quedaron mis compañeros inmóviles como las mismas piedras en que se apoyaban.... Mi bastón, que había yo dejado en el suelo, mientras tomaba unos apuntes á la luz del candil, desapareció de improviso, al tocarle distraílamente con el pié, por un boquerón tenebroso. Quietos, conteniendo la respiración de puro espanto, temblándonos las luces en las manos, estuvimos oyendo los leves pero siniestros ruidos que hacía el palo al chocar en su rápida caída contra las paredes de la sima. Nuestro temor, nuestro espanto eran fundados: hacía un cuarto de hora que andábamos dando vueltas por aquel lugar sin advertir el peligro á que habíamos estado expuestos y que la Providencia, usando de uno de esos maravillosos recursos que de momento el hombre no concibe ni se explica y á que, por lo mismo, llamamos casualidades, nos

había hecho patente..... Con mucho cuidado registramos el piso, y en efecto, detrás del grupo que formábamos, y á un paso no más, se abría aquel imponente agujero.

A todo esto D. Florentino no daba con la entrada de la otra galería. Tenía certeza de que estaba hacia la terminación de la bóveda plana que habíamos visto, y que era un hueco como la boca de un horno, á flor de tierra, por donde había que entrar á rastras. Luego nos explicamos el caso: como el *techo* de aquellas galerías tiene grandes capas arcillosas, cuyos granitos se desprenden de continuo formando en el suelo bancos inmensos, donde alguno de nosotros se había hundido ya hasta las rodillas más de una vez, es seguro que estos desprendimientos, ó los de la misma roca, que el agua congelada, con su gran fuerza expansiva hiende, quiebra y deshace en bloques que con repetidas presiones caen al fin, había cegado el agujero, ó tapado la entrada. Hubo, pues, que explorar más detenidamente el lugar y ver de encontrar paso por cualquiera de aquellos otros innumerables boquetes que se descubrían en el muro derecho de la galería.

Fuimos dos ó tres con el buen cura, nuestro guía, y yendo y viniendo por los recodos de la peña, ocurriósenos á Máximo y á mí, me-

ternos por uno de los agujeros que encontramos.

Arrastrándonos sobre una espesa capa de barro, compacta, dura, pero en extremo resbaladiza y de pulida superficie, pudimos traspasar el muro espeso de la galería. De pronto, cuando yo acababa apenas de enderecharme, la única luz que el mozo llevaba, se apagó... Llamé á Máximo, y con sorpresa indescriptible no le oí contestar. Llamé más recio, grité, pero nada oí, ni siquiera el eco de mi voz, que se perdía como si se desvaneciera rápidamente entre las profundas sombras que me rodeaban. Me apresuré entonces á encender la vela que á prevención llevaba, como los demás, y á su escaso resplandor pude ver una extensa galería, de techo elevadísimo y á cuyo piso había que descender por una rampa de arcilla, que era por la que había rodado mi acompañante. Llamé á este de nuevo, y no me contestó. Entonces temí que le hubiera sucedido alguna desgracia: el hecho era que delante de mi había entrado, que se había caído y yo no le descubría, ni veía su luz, ni oía sus pasos, ni su voz... Avancé con cautela por la rampa y á pocos pasos vi ya al muchacho que gateaba por aquella pared de tierra que se desmoronaba y hundía á la presión de sus manos y sus pies...

—¿Estabas ahí?— Si, me dijo—¿Y no me has oído?—No, señor—¿Pero cómo puede ser?... El fenómeno me sorprendió tanto, que hice repetidas veces la curiosa prueba. Ocupando yo la misma línea vertical que el muchacho, nos oíamos perfectamente: si variaba la posición, no; de tal modo que parecía que el mismo barro ahogaba la voz. Acaso la gran cantidad de éste, la falta de repercusiones que yo notaba, el estado del aire allí encerrado, donde vibraban muy levemente las ondas sonoras. sean algunos detalles que ayuden á explicar semejante fenómeno.

Con mi presencia, Máximo se serenó algo. ¡Ya se consideraba perdido y solo en aquella obscuridad pavorosa! Bajé yo y al ver que se abría ante nosotros una galería amplia y maravillosa, ya no dudé que fuera aquella la deseada... Avanzamos unos pasos, explorándolo todo con cuidado, pues me parecía que *sonaban á hueco* nuestras pisadas y así era en algunos sitios: de repente Máximo se detuvo.

—¿Oye usted?—me dijo... Un rumor extraño, triste, monótono como la zumba de un colmenar. Llegó á mis oídos y produjo en mis nervios el cosquilleo del escalofrío. Al pronto y por explicarme de alguna manera lo que oía, supuse que aquel ruido era producido por el aire que se colara por alguna

delas chimeneas que en las bóvedas habíamos visto y que sin duda comunicaba con el exterior. Pero á pocos pasos más allá, la provisional explicación no me sirvió: el ruido era más intenso, más *claro*, más medroso... Allí había algo notable y por esto nos volvimos para avisar á los compañeros. Nos costó trabajo subir la rampa: el barro aquel parecía haber sido amasado por la bruja que encerró á la agarena, de modo que hiciese imposible la salida al que una vez bajara á la galería. Al fin subimos, y pudimos llamar á los demás expedicionarios que pasaron no pocas fatigas para llegar sin notables quebrantos á pisar tierra firme.

Con las siete luces que enviaban sus rojizos resplandores trabajosamente por entre las espesas sombras, pudimos contemplar nuevas maravillas. Gritos y exclamaciones de asombro lanzamos al ver sobre nuestras cabezas un inmenso colgadero con innumerables *pieles* tendidas, lo mismo que se ven en una fábrica de curtidos. A lo largo de la galería, por el muro derecho, se ve una inmensa roca colgante, de tal manera labrada por el goteo de las bóvedas, que tarda uno en convencerse de que efectivamente no es lo que hay á la vista una colección de pieles dispuestas para el curtido: la semejanza es cabal, absoluta y la hace mayor el centelleo y la agitación de las luces que *mue-*

ven sobre el muro las sombras de aquellas rocas, causando la ilusión de contemplar el movimiento de las extremidades de las pieles al impulso del aire. Pusimos, pues, al lugar el nombre de *galería de las Pielas*, y cuando hubimos saciado nuestra curiosidad con aquel hermoso espectáculo, seguimos la exploración.

No habíamos dicho una palabra del ruido que antes notáramos Máximo y yo: queríamos ver qué efecto les producía á nuestros amigos; y para ello les dejamos marchar delante. Pronto se detuvieron y callaron, escuchando atentos y tratando de avizorar entre las tinieblas la causa del extraño rumor que parecía venir rodando fatigosamente sobre el piso desigual y peligroso del callejón..... Pero D. Florentino, más avisado que nosotros, gritó alegremente, al punto que hirió sus oídos el rumor:

—¡El río, el río!—Esta es la galería que buscábamos. ¡Adelante!

Muestra sorpresa, entonces se convirtió en entusiasmo: ¡era verdad que había dentro de las cuevas un río! ¡Era verdad que íbamos á recibir aquellas extrañas, desconocidas impresiones que nos auguraron! Allí, detrás, á la otra orilla, estaba..... ¡Vamos por mi parte confieso que así creía entonces que era cierta la leyenda de la mora!

—¡Adelante, adelante!—gritábamos llenos de alegría. Y tal fué ésta, que la manifestamos entonando cuantas canciones se nos vinieron á las mientes en aquellos momentos.

Los ecos de nuestras voces y de nuestros pasos quedaban apagados por el ruido del agua, cada vez más distinto: el aire encerrado en aquella galería vibraba sin cesar, herido por una profusión de notas claras, argentinas, que del fondo de todos los agujeros y oquedades de la peña parecían surgir de improviso al paso nuestro. Espléndida iluminación, producida por el cabrilleo de las luces entre las menudas estalactitas, blancas como la nieve, aumentaba los encantos de aquel lugar ignorado, donde *se ve* la vida, el movimiento, la lucha eterna y poderosa de las grandes fuerzas de la creación, que combaten sin cesar las entrañas de la tierra..... El ruido se iba haciendo cada vez más ensordecedor: ya no nos oíamos, ni á gritos: aquel estruendo formidable nos acobardaba: queríamos ver un espectáculo imponente, un río corriendo por el interior de una peña, y de buena gana nos hubiéramos dado la vuelta sin verlo: iba pudiendo ya más el miedo que la curiosidad: el corazón nos palpitaba violentamente y temblaban las luces en nuestras manos: el aire llegaba á nosotros saturado de humedad; los candi-

les chisporroteaban y sus parpadeos siniestros hacían bailar las sombras en las paredes, semejando monstruos y endriagos que se oponían al paso de la caravana aventurera que pretendía arrancar del poder de la bruja, reina de aquellos parajes, la joya más preciada.

La marcha se hacía difícil sobre un banco enorme de finísima arcilla que *besamos* mil veces, por que allí verdaderamente cada paso era un resbalón: de pronto, los que íbamos delante advertimos en el suelo un fulgor extraño, producido por infinidad de rayos luminosos que escintilaban de continuo. Ansiosos de ver, de *tocar* el fenómeno, apretamos el paso y....

—¡Nada, nada!—gritaba uno.—¡No alarmarse! Ha sido un chapuzón, una ducha con la que no contaba.....

En efecto, había ido á meterse en el río, que se deslizaba tranquila y silenciosamente y cuya tersa superficie fulguraba, herida por nuestras luces. Entonces, á la vista del agua que llenaba la galería y cuyo obscuro seno palpitaba aún con las ondas producidas por la inmersión del desprevenido explorador, sentimos una conmoción profunda: aquello era grande, majestuoso, pero con esa majestad de lo terrible, que hace latir violentamente el corazón y crispase los de-

dos. El agua apenas se movía: parecía sumirse bajo un montón enorme de arcilla que apagaba todos los ruidos. ¡Dios sabe á qué profundidades irían á parar las aguas del ignorado río!

Separámonos de la orilla y echando á la derecha, agua arriba, caminamos en dirección al sitio de donde salía el fragor tremendo que hacía tiempo escuchábamos. Nuestras sombras se dibujaban gigantes en las aguas y parecían amenazarnos: los relieves de la peña las hacían subir á veces hasta el techo que escalaban rápidamente, acercárenos, huir, alejarse, produciendo una danza siniestra. ¡Cuántas ideas cruzaban entonces, negras como aquellas sombras, como aquellas aguas, por mi cabeza! ¡La imaginación volaba, pero por parajes oscuros y medrosos, y el dantesco viaje se me apreciaba con todos sus horrores!

Las luces apenas podían luchar con las espesas tinieblas que envolvían la estancia. De lejos, los expedicionarios semejaban fantasmas silenciosas que iban en lúgubre procesión al antro de la muerte, llevando en sus manos un fuego fatuo... que no otra cosa parecían las luces, con su brillo blanquecino y su llamita larga, sin rayos ni aureola. El espectáculo imponía; y si nos parecía hermoso, sublime, creo que era más por sugerencias de la esperanza de volver á la luz del

sol, que por pura emoción estética, por *amor al arte*, que no sentiríamos si nos condenaran á estar allí encerrados. ¡Oh! Cómo me acordé entonces del lema que el Dante vió á las puertas del infierno! Claramente me expliqué entonces que fuera el mayor tormento, en aquellos lugares de eterno suplicio, en aquellas horrendas gemonías, la falta de esperanza. Aquel lugar medroso, pero de soberana hermosura ¡cómo nos hubiera parecido repugnante y horrible si á la entrada hubiésemos leído el fatal *Lasciate ogni speranza, voi che entrate*, de la Divina Comedia!....

Para llegar al torrente, al despeñadero por donde el rio se precipita fragoroso, había que atravesar aquella inmensa masa de agua y tomar la opuesta orilla. No hay más que un paso, por demás peligroso: una peña enorme, negruzca y resbaladiza, verdadera excrescencia del gigantesco muro, se adelanta sobre el rio, tocando casi el agua, que debajo de la peña es negra como tinta. Unos á otros nos animábamos, á gritos, que de otro modo nada se oía, á subir sobre el lomo de aquel cíclope que servía de puente. Gateando por el muro, chorreando agua, porque cien veces nos habíamos hundido hasta la cintura en los charcos del camino, cogidos fuertemente á una cuerda, para evitar con el peso de todos que uno se fue-

ra de un resbalón al temible río llegamos al puente.

Allí nos detuvimos y contemplamos un momento la escena. No hay palabras con qué describir lo que vimos. Al recordarlo ahora, me parece un sueño, un cuento de Edgar Poe, una invención de Chatriam. Un lago inmenso, negro, que hundía sus aguas entre sombras espesas que parecían *pesar* sobre los objetos sujetándolos á una inmovilidad eterna. Un techo no muy elevado, lleno de estalactitas, algunas de las cuales tocaban la superficie del agua, de formas caprichosas, blancas y transparentes algunas, y en las que la luz se descomponía en los colores del prisma.

De abajo, del fondo del lago, surgían á trechos, como cabeza de mónstruos que asomaran amenazadores al sentir nuestros pasos, peñascos parduzcos, rodeados de sucia espuma. Sombras temibles, «siluetas» espantosas, ruidos formidables, un frío glacial y una atmósfera pesada, saturada de humedad, que se posaba en partículas diminutas en nuestras pestañas, y empapaba nuestros vestidos, y sobre todo, aquel puente temible, que ni aun siquiera abarcaba las dos orillas, pues desde su extremo había que dar un salto de cerca de dos metros de altura... decididamente el odio de la apasionada castellana había

buscado el más inexpugnable y tremendo encierro para su rival.

Mis compañeros se habían adelantado y exploraban el paso por el puente. Algunos se entretenían en arrojar piedras al río mientras otro preparaba una sonda, haciendo un verdadero derroche de inventiva.

Al verles, inclinados sobre el abismo, iluminados con tonos rojizos por la luz de los candiles que daba á sus rostros un tinte cadavérico, recordaba á aquellos intrépidos atenienses que antes de bajar al antro de *Trophonius* arrojaban panales de miel, para saciar á las serpientes que poblaban la horrible sima.....

A los gritos de ¡adelante!..... ¡á la otra orilla! echamos á andar por el temible puente, en fila y cogidos á la cuerda salvadora. Renuncio á describir la escena y dar cuenta de las emociones que experimentamos durante los pocos minutos que tardamos en pasar el río: aquellas impresiones son de las que no se olvidan fácilmente: al recordar ahora el suceso, aún creo sentir el sutil cosquilleo de un escalofrío que recorre mi cuerpo.... A trechos, la peña sobre que andábamos parecía encogerse y reducir su anchura á una simple arista que había que atravesar guardando el equilibrio como un volatinero sobre el alambre. Se me

viño entonces á la memoria aquella incomparable descripción del *punte de la vida*, de Zorrilla, aquel puente

*de movable
tirantez,*

estrecho como el filo de una espada, que Al-hamar el Nazarita, tenía que pasar de un galope en su viaje al cielo... Solo que éste debía de ser puente de la muerte, por la región obscura y espantable á que conduce...

Pasamos, al fin: más ó menos, todos caímos dentro del agua al saltar á la orilla, salpicando de paso á los que nos esperaban. Una cuerda muy fuerte había quedado atada convenientemente arriba, para poder subir á la vuelta, si es que volvíamos, pues ya casi casi no dábamos dos cuartos por nuestras vidas.

A los pocos pasos que anduvimos, llamó nuestra atención una altísima y hermosa columna, toda estriada y llena en su base de delicados adornos; tanto más nos chocó, cuanto que por allí no encontramos señal de estalactitas y mucho menos de estalacmitas, siempre más difíciles de hallar y casi imposible de descubrir en un piso como el de aquellas cuevas, extremadamente arcilloso. En la nueva bóveda que nos cobijaba había cambiado la decoración y se nos presentaba lisa, con grandes

vetas terrosas que daban paso á menuda lluvia, fría como hielo. Fué aquella columna el más hermoso y casi el único ejemplar que encontramos de estalactita y estalacmita unidas.

Unos diez minutos anduvimos aún, dirigiéndonos á la izquierda, hasta llegar al torrente cuyo fragor escuchábamos hacía media hora. La galería iba estrechando y siendo cada vez más bajo el *techo*. Por fin, pudimos ver una magnífica cascada, de unos tres metros de altura, que caía verticalmente sobre una peña blanquísima, levantando nubes de espuma. ¡Espectáculo hermoso! Los hilos de agua brillaban con irisaciones diamantinas al recibir la luz de nuestros candiles que parpadeaban sin cesar; y las sombras de nuestros cuerpos parecían bullir inquietas y agitarse miedosas en aquel encierro donde todos los ecos resonaban de continuo con el ruido ensordecedor del torrente. Nos acercamos al lecho superior, que no tenía más de 70 centímetros de anchura. Luego llamó nuestra atención lo que el fondo aquel blanqueaba, y merced á la transparencia del agua que parecía límpido cristal, pudimos ver una gran veta marmórea pulimentada por la corriente. Arrancamos algunos trozos de mármol; y luego supimos que en aquella peña de las cuevas había abundancia de esta magnífica piedra.

—¡Nuestro gozo en un pozo!—exclamamos, pasados los primeros momentos de admiración, que nos produjo el espectáculo del torrente. Tras del río, sabíamos por la leyenda que estaba el cuarto de la preciosa agarena.

Sabíamos también que nadie había podido llegar á la mansión encantada donde brillaban con siniestros fulgores de relámpago los ojos de la odiada bruja, centinela de la mora infeliz: queríamos ser los primeros en llegar á la medrosa prisión, deshacer el encanto y destruir una leyenda de siglos..... y nos encontramos conque no podíamos pasar de allí. ¡Bien guardada estaba la mora! ¡No es fácil que aventurero explorador de aquellos lugares la redima jamás!.....

El torrente se perdía á los pocos pasos dentro de un *tubo* de mármol, que apenas daba paso al agua: era imposible seguir: con harta pesar abandonábamos aquellos lugarestenebrosos, donde tan intensas emociones habíamos experimentado. No es fácil que se borre de nuestra memoria el recuerdo de aquella galería llena de agua, negra, silenciosa, que se sume lentamente por debajo de las peñas, yendo quizás á fabricar maravillas en otras regiones que nunca verán la luz; y mucho menos el de aquel puente..... ¡No quiero acordarme de cómo subimos á él! Pendientes de una cuer-

da, fluctuamos algunos momentos en el espacio, con el río á nuestros pies que parecía atraernos y llamarnos á su seno! La ascensión fué el paso más peligrroso y difícil de la jornada; y ya arriba, sentimos que el vértigo temible y traidor tenía empeño en apoderarse de nosotros, haciendo bailar los objetos á nuestro alrededor y abultando el seno de las aguas, como si de repente se hincharan y crecieran hasta tocar con sus negras ondas en nuestros pies. Y luego el ruido, el guiñar incesante de las luces, el frío y la humedad que entumecían nuestros miembros..... contribuían á hacer doblemente penosa la salida.

Cuando nos vimos de nuevo, sanos y salvos, en la *galería de las Pielas*, respiramos como si se nos quitara un gran peso de encima. Entonces todos hablábamos á la vez: todos queríamos contar nuestras impresiones y recopilar mil ideas que bullían en las cabezas, algo más serenas ya y mejor dispuestas á discurrir. Hicimos alto unos minutos, que aprovechamos para arreglar los vestidos unos, para tomar apuntes otros, para murmurar de la bruja y de la mora los aventureros y para remojar el gaznate consensos tragos..... todos. En aquella breve parada, pude convencerme de que habíamos hecho la exploración en las mejores con-

diciones posibles; pues por las señales que advertía, en la época de lluvias y más aún en la del deshielo, debe de ser completamente imposible avanzar por aquella galería, no digo hasta el puente, pero ni aún al extremo del *colgadero* de pieles, que no distará 15 metros de la bocagatera por donde habíamos entrado. Además, el aspecto de aquellos parages debe estar cambiando todos los año , con las avenidas de los innumerables torrentes que por allí desembocarán en invierno y primavera; y la gran cantidad de arcilla que arrastren, tapiará las entradas con frecuencia, provocará hundimientos interiores, sepultará maravillas y descubrirá otras nuevas, como ya habíamos advertido al ver que nuestro guía (que no hacía tres años que había entrado la última vez) no encontraba muchas entradas y desconocía sitios que estaba cansado de visitar. La abundancia del agua es tal y su labor tan eficaz y tan incansante, y tan grande, por otro lado, la cantidad de tierra, que no dudo en afirmar que dentro de poco tiempo no habrá explorador que consiga ver lo que nosotros vimos y acaso visite otros lugares más profundos, ú otras cuevas abiertas sobre las que nosotros visitamos. Me parece lo más consistente la primera galería, en unos 30 ó 40 metros de recorrido; de allí en adelante se presentan

las dificultades, los cambios y fenómenos que en la segunda advertimos.

Tan es así, que cuando á la primera volvimos, tras de una dificultosa ascension por la rampa que hay al pié de la entrada de la galería de las pieles, y que nos costó no pocos resbalones y caídas; y marchando de frente, desde el último salón que habíamos visitado, nos encontramos con una *puerta* de fácil acceso, que daba paso á un enmarañado y estrecho pasillo, lleno de estalactitas. Por él seguimos andando, hasta hallarnos en un ámplio salón, cuya visita nos arrancó exclamaciones de asombro D. Florentino que nos guiaba, declaró no conocer ni haber visitado nunca aquel precioso lugar, á pesar de haber entrado en las cuevas muchas veces; prueba de las continuas modificaciones que allí se operan.

La impresión que entonces recibimos fué bien distinta de las experimentadas junto al río. Fué ésta impresión de dulzura, de encanto, de placer, ante las galas riquísimas con que apareció la naturaleza revestida á nuestros ojos asombrados. Un salón circular (11 metros de diámetro) cuajado de estalactitas de fantásticas formas y caprichosos adornos, como no pudiera soñarlos la imaginación más exhuberante; de bóveda elevadísima, á trechos sostenida por columnas delgadas,

esbeltas: de pavimento accidentado, de donde parecían surgir alados geniecillos, según los relieves delicados de las peñas, monstruos infernales que extendían sus brazos como si pretendieran ahogarnos y arrojarnos á una sima... . decoraciones es; léndidas que por todas partes veíamos y nos subyugaban con su magia irresistible, fué lo que encontramos al avanzar por entre aquellas tremendas obscuridades.

Para contemplar mejor la escena, nos distribuímos los siete, ocupando diferentes posiciones y junto á los muros del salón. Con las luces en alto, y dominadas trabajosamente las espesas sombras, pudimos saborear aquellas bellezas incomparables.... No sé describirlo; ni podría hacerlo, porque las emociões estéticas si son intensas, como esta, no tienen ropaje apropiado en el lenguaje, por brillante y delicado que sea. Ni aún sé lo que entonces sentí: una visión encantadora, surgiendo de improviso delante de mí, como la dama blanca de Avenel á los ojos del atónito Alberto; una escena legendaria de Walter Scott, «realizándose» entre las tinieblas misteriosas que huían veloces de la luz, á hundir sus ondas en el vacío; un sueño de artistas, un cuento mágico de Schezrada.... Las olas luminosas alegraron la estancia, desapareció á su encanto toda nota lúgubre,

se destacaron las rocas, se perfilaron gigantescas las columnas, doraron sus filigranas las estalactitas, aparecieron los peñascos erizados de púas, y cobró todo aquello de súbito un aspecto risueño, seductor, admirable, grandioso, ¡El *pandemonium* que Milton hace nacer de las entrañas del abismo, pareció surgir allí, con sus arquitecturas de oro! ¡El poder inmenso de Dios estaba allí patente, en aquellas maravillas que fascinaban la vista y arrastraban el corazón!

Mientras contemplábamos atónitos aquella rica estancia, ocurriósele á uno tocar con el bastón á una estalactita: un sonido metálico, como el que una campana produjera, resonó entonces en el amplio salón y nos sorprendió á todos. Los ecos dormidos entre las peñas despertaron de improviso y repitieron la alegre nota, que vibró argentina y dulce largorato. Repetimos la prueba en otras estalactitas, huecas como la anterior, y pronto se formó un mágico concierto de sonoras notas que iban perdiéndose lánguidamente en el aire. Pusimos á la hermosa estancia el nombre de *Salón de las Campanas*; y después de recorrerla en todas direcciones y de *tocar* las campanas hasta cansarnos, hubimos de volvernos á la galería (porque desde allí no había paso para ningún otro sitio) abandonando con pena el primoroso salón que allá

quedaba del todo oculto entre sombras espesas, que envolvía con lúgubre manto maravillas sin cuento. ¡Qué impresión tan grata, tan intensa, tan dulce sacamos de aquel lugar! ¡Creo que durará en nuestras almas mientras vivamos!

Volvimos á recorrer la primera galería, deteniéndonos aún á contemplar bellezas que no habíamos visto al pasar la otra vez. Y media hora más tarde, el aire del campo y la luz del día llegaban á nosotros por la boca de las cuevas que de lejos divisamos.

Parecíamos enterrados en vida que salíamos del sepulcro por un resquicio mal tapado.... ¡Qué caras! ¡Qué trazas las nuestras!.... Pero si quebrantados de cuerpo y manchados y rotos de trajes volvimos, en cambio llevábamos el corazón ahito de gratas emociones y la imaginación volandera llena de ideas alegres, grandes y consoladoras.—¡Qué hermoso es esto!—repetimos sin cesar, resumiendo en esa frase nuestras impresiones—y poco á poco fuimos saliendo á la luz, hasta vernos de nuevo en medio de aquella naturaleza, exuberante de vida, que nos parecía entonces más brillante con las oleadas de sol que inundaban el espacio.

Con sentimiento, que no tratamos de ocultar, nos despedimos del buen D. Florentino, prome-

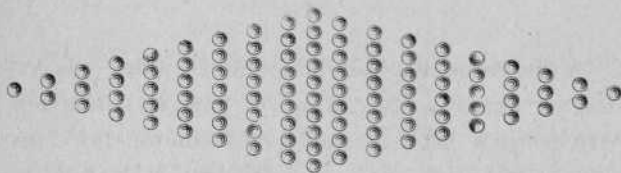
tiéndole no ser aquella la única vez que nos viésemos reunidos, Dios mediante; oímos de sus labios frases lisonjeras y la declaración, que nos llenó de orgullo, de ser la nuestra la exploración más detenida que en el tiempo que él recordaba, se había hecho en las cuevas de Caminayo; y emprendimos el regreso á Morgovejo.

Largo rato fuimos viendo y saludando con los pañuelos al intrépido guía, que subía solo á su pueblo; y á paso ligero y entonando cuantos cantares se nos ocurrían, anduvimos el camino. Recuerdo una copla que «inventamos» en loor y memoria de la expedición, y que decía así:

*Venimos de las cuevas
de Caminayo;
donde nosotros fuimos
nadie ha llegado.*

Un poco arrogante y fanfarrona parecía, pero como no andaba por allí la abuela de ninguno de nosotros.....





Las Conjas

—¿Conque vas á Morgovejo? Pues no dejes de visitar las Conjas; verás qué bonito.....

Tal es la recomendación que se hace siempre al amigo que se despide para el balneario de la montaña. A nadie que haya estado allí se le olvida recomendar la excursión á las Conjas, ni vuelve nadie sin haberlas visto.

La excursión es fácil; suele servir de pretexto á una merienda entre varios veraneantes, y ésto contribuye á que la impresión dure y las Conjas sean ponderadas y anden en lenguas continuamente.

Y de veras merecen las ponderaciones y la visita: es acaso aquel lugar el más imponente y raro de toda esta montaña, y lo mejor del «rincón» de Morgovejo. A cosa de dos kilómetros de este pueblo y por camino llano, la expedición á las Conjas se hace cómodamente y resulta un paseo muy agradable, mucho más si vá *ilustrado*— como decía un compañero mío de excursión— con una merienda á orillas del río.

La estrecha vega de Morgovejo se cierra del todo poco más arriba del balneario, juntándose las peñas hasta no dejar más paso que para el río, que por allí lleva escasísimo caudal, y para el camino de Prioro, también escaso de anchuras, como que en ciertos sitios sólo cogen *en fila* los transeuntes. La *tabla* ó puerto formado en el río antes de llegar al primer recodo del camino para entrar en las Conjas, presta al sitio un encanto singular: en las aguas tranquilas y transparentes, se reflejan como en un espejo las montañas y los árboles, y reina sobre aquel gran lago un silencio solemne, medroso, que contrasta con lo risueño del paisaje. Al final de la *tab'a*, bruscamente tuerce á la izquierda el camino y á pocos pasos se encuentra el viajero en plenas Conjas, encerrado en una garganta, entre peñas altísimas, de un aspecto y una coloración especia-

les y como no es fácil hallar otras en la montaña.

El efecto que aquel extraño paisaje causa en el ánimo, es de asombro, mezclado, por decirlo así, de temor, de recogimiento ante aquella grandeza que de modo tan brusco se aparece á los ojos del viajero. Lo risueño del paisaje á orillas del puerto formado en el río, se cambia de repente al entrar en las Conjas, entre las enormes masas de conglomerado, por encima de las cuales sólo se vé una estrecha faja de cielo, riente con su luz dorada y contrastando con la negrura de aquel pozo, de aquel desfiladero húmedo y tortuoso donde parecen apagarse y dormir eternamente todos los rumores del viento y del río, todos los ecos del bullicio del mundo y de la vida. En aquel zis-zas angosto que forma la garganta abierta por el río entre las altas peñas, se pasa como por una galería subterránea, con miedo de que los pasos y la voz resuenen demasiado, por no despertar todo lo que en aquella sepultura inmensa parece caído, dormido, después de una gran batalla, de una revolución deshecha y colosal que uno se imagina ocurrida allí entre gigantes, entre esos seres misteriosos que parecen poblar los grandes bosques, los desfiladeros, las montañas inaccesibles.....

Por toda su extensión, está sembrado el camino, y el lecho del río, de enormes bloques de peña, de masas de aquel conglomerado singular, arrumbadas en medio del desfiladero, á donde fueron á parar desde las altas cimas de las que rodaron con estrépito formidable, empujadas por la fuerza imperceptible, pero jamás ociosa, del tiempo que hiende las más duras peñas y cava sus cimientos colosales.

Es por demás extraño y raro el paraje aquel. Aunque no frecuentemente, se encuentran sin embargo masas de conglomerado en la montaña; pero en tan enorme cantidad y extensión como en las Conjas, seguramente que no se hallan en toda España. Son tres ó cuatro kilómetros cuadrados de montaña formada exclusivamente de conglomerado, pero en el cual apenas se encuentra esa especial argamasa que mantiene unidas á las piedras, sinó que estas parecen sostenidas por el encajonamiento apretadísimo de unas entre otras, como producto de una presión enorme que las mantuvo unidas sin deshacerlas. Y presentan tal dureza, que es imposible destrabarlas, ni á golpes de pico; estando el camino abierto sobre tal *cimiento*, resbaladizo como cristal, á puro pulimentarle en años y siglos las pisadas de los transeuntes.

Tienen tales peñas una coloración especial, producida por la humedad de los torrentes que con las lluvias, y el deshielo sobre todo, se precipitan hasta el río: es un color verdoso y amarillento, que á veces, según el aspecto y las figuras que presentan los peñascos, semeja enormes picles de lagarto colgadas ó adheridas á la roca; y cuando el sol poniente hiere las cimas, toman éstas un color cobrizo, brillante, que reflejando en las peñas de enfrente, sombreadas y oscuras, produce unos tonos indescriptibles, que contribuyen á dar á aquellos parajes un aspecto severo y medroso que impone.

Es de una majestad, de una grandeza inmensa aquel lugar escondido y silencioso. Las negras y altísimas montañas sostienen en sus cumbres, como por un milagro de equilibrio, bloques enormes inclinados sobre el camino, amenazando siempre derrumbarse, «enseñando» al transeunte las grandes grietas que los separan de la montaña y por donde aparecen, como mónstruos pobladores de tales sitios, que asoman sus cabezas al sentir las pisadas del viajero en el camino, los robles viejos y descarnados que retuercen sus ramas, como en un espasmo supremo de ira, amenazándose unos á otros, jurándose empeñar descomunal pelea. Y aquí y allá, por entre las masas enormes

que amenazan desplomarse, aparecen formidables bocas, agujeros negrísimos, por donde aquellos gigantes que pueblan las Conjas, escondidos en sus entrañas, sueltan los grandes torrentes que lo inundan todo, que arrastran los bloques inmensos, que saltan bramando furiosamente, chocando contra las peñas y llenando de infernales ruidos el misterioso paraje, allá en la época del deshielo, cuando se traba entre aquellas rocas la pelea colossal....

Siguiendo el camino, río arriba, la garganta se vá estrechando, hasta el punto de que el paso para el viajero tiene que ser defendido por medio de paredones ó muros de piedra, de las acometidas del río Cea, que aunque escaso, siéntese aprisionado, estrechado apretadamente por las peñas, y pugna por saltar y abrirse más ancho cauce para correr tranquilamente. Y no le basta al pobre Cea con sentir sus lomos apretados por aquel cinturón de duras rocas, sinó que aún tiene que sufrir el verse á lo mejor sorprendido por uno de aquellos grandes bloques, grandes como casas, que se desprenden de las alturas y vienen á parar en medio del cauce, haciendo saltar el agua con bramidos de dolor y deteniendo su curso bruscamente. Pero el Cea hincha su seno, escala la peña lentamente, llega arriba, la cubre y salta por cima

en cascada clamorosa que parece el eco misterioso de la carcajada con que los genios del río se burlan del feroz enemigo que pretendió oponerse á su paso.

Contemplando el extraño paisaje, se llega, casi sin darse uno cuenta, á lo alto de un antiguo puente, desde donde otra vez cambia de pronto el panorama. Tuerce de nuevo á la izquierda el camino, abre un poco la hoz, y aparece en lontananza, cerrando el paisaje como una gran cortina de seda, el cielo azul y alegre. Es un nuevo espectáculo grandioso: no muy lejos las verdaderas Conjas, dos peñascos enormes que semejan los arranques de un gran arco, inclinados sobre el camino, y por detrás del arco aquel, la llanura, el cielo, la luz, que al salir uno de la negrura del camino anterior parece más viva, más alegre y más dulce. El ánimo hasta entonces miedoso, abatido—porque es cierto que el caminar por entre altísimas peñas produce un singular fenómeno psico'ológico, de temor inconsciente—á la vista de la luz se regocija, como sintiendo cerca la esperanza, y se ensancha el pecho, como si un gran peso se le quitara de encima.

A poca distancia del puente, se acaba la hoz. Las Conjas, las dos grandes peñas del extremo, agrietadas y amenazadoras, son un amontona-

miento de bloques de conglomerado, donde la imaginación fácilmente se forja mil fantasmas, porque ante aquel cúmulo inmenso de masas de tonos parduzcos y aquellas bocas, agujeros y grietas oscuras, cree uno ver grandes monstruos, gigantes feroces echados unos sobre otros, apretándose furiosamente hasta ahogarse y estrangularse peleando bajo el montón ingente, en confusión espantosa.....

*
* *

La formación de estos terrenos de conglomerado—ó de *pudinga*—la explican los geólogos modernos por los efectos mecánicos del agua corriente. Así como durante una inundación, ó merced á un torrente, vemos depositarse lechos de limo, arena y casquijo que arrastran las aguas en gran cantidad, hasta formar bancos enormes, así se explica, en principio, la formación de estas grandes masas, que por sucesivas transformaciones debajo del agua, se fueron consolidando, convirtiéndose la arenisca y el casquijo en masa sólida, apretándose y encajonándose con la presión poderosa del agua y el propio aumento del volumen de los guijarros, hasta aparecer en el estado en que hoy las vemos. Este es el origen de la formación de las Conjas, y aquí la teoría queda comprobada con la tradición de que aquellos parajes

abiertos donde está el pueblo de Prioro, fueron en tiempos un gran lago que subió á descomunal altura con el caudal que de los torrentes y ríos ó de su propio seno por ignorados manantiales recibía; hasta que un día, las fuerzas poderosas que allí actuaban continuamente un siglo tras otro, rompieron al fin la muralla de rocas que las contenían y se desbordaron furiosamente las aguas, arrastrando enormes masas de piedras y formando la hoz ó garganta de las Conjas por donde ahora corre y salta el río Cea. Una gran revolución, pues; uno de esos grandes fenómenos de la naturaleza, debió sorprender un día ¡Dios sabe cuántos siglos hace! á los moradores de las riberas del lago, y presenciarian con espanto el formidable cataclismo que se produciría al reventar por las Conjas el hinchado seno de las aguas, llevándose por delante cuanto hallaran al paso...

—La primera vez que visité las Conjas, encontrábame á media tarde de un día calurosísimo de Agosto merendando con otros excursionistas á orillas del río, mientras á un pastor que por aquellas laderas apacentaba el rebaño, le oíamos contar la historia de la ermita que antiguamente se levantaba cerca del puente, bajo la advocación de *Nuestra Señora de las Conjas*, y de la cual solo escasas ruinas quedan hoy.

Entretenidos con la conversación y la merienda, no nos dimos cuenta de la nube que á más andar se venía encima. Por la estrecha faja de cielo que entre las altísimas murallas podíamos divisar, pasaron rodando algunas nubecillas; y cuando el pastor, despidiéndose de nosotros y recomendándonos que apresurásemos la vuelta á Morgovejo nos avirtió del peligro, ya aparecía sobre las Conjas, como si fuera otra peña más alta y parduzca, la cresta amenazadora de un nubarrón, que avanzaba agarrándose á los picos de las montañas y colgándose de ellos para columpiarse en el espacio y saltar á otra altura, cubriendo como un inmenso toldo el cielo y el paisaje.

A las cestas fueron á parar revueltos los cachivaches y los residuos de la merienda, pues tal era la priesa que nos dábamos para recogerlo todo, que nadie reparó en el orden, ni en los estropicios que pudiéramos hacer, y en pocos minutos estuvimos dispuestos á emprender la retirada.

Al repasar el puente, por el gran agujero de la salida de las Conjas vimos inflamarse el cielo con un relámpago vivísimo: pero el trueno tardó algo en dejarse oír, y echando cuentas pensamos que podríamos llegar, sino al pueblo, al balneario, sin que nos cogiera el chaparrón. Pero no habíamos andado cien pasos, metidos en la estre-

chura entre los grandes murallones de aquella garganta negra y silenciosa donde nos asfixiábamos de calor, pues era absoluta la calma, cuando nos sorprendieron las primeras gotas, grandes como la palma. ¿Qué hacer? Por allí no había donde cobijarse, ni poco ni mucho: tantos torrentes como bajan por las peñas, son otros tantos peligros: seguir andando sería imposible muy pronto. En todos los semblantes se retrató la angustia, el miedo: los truenos estallaban encima y retumbaban con horrible estrépito en aquella estrechura.... Alguien habló de volvernos al puente y buscar refugio debajo, pero ¿y la crecida que tendría en seguida con los torrentes? Durante aquellos momentos de indecisión, aumentó la lluvia furiosamente y á cada trueno parecía recrudecerse y caer con más violencia. ¡Recurso supremo! Estábamos cerca de un enorme bloque arrumbado sobre otros más pequeños á orillas del camino: por el estrecho hueco que aparecía entre ellos, me metí á rastras: los compañeros me siguieron y como era poco el sitio para todos, hubo apuros y achuchones tremendos para colocarnos. ¡Aún creo que me duelen los huesos, de la postura violenta en que estuve más de quince minutos! El agua que goteaba el bloque se nos metía en el escondite y la sombrilla de uno de los excur-

sionistas que se había quedado con medio cuerpo fuera y abrió sobre su cabeza el quitasol, llovía también tola el agua sobre nosotros. Había quien quería gritar para que cerrase la sombrilla, para que fulano ó mengano echase «más allá» el brazo ó la pierna que le atornillaban contra el peñón..... pero todo inútil; no se oía nada en medio del ruido fragoroso, espeluznante, de los truenos que parecían bajar rodando por las peñas. Lo poco que desde mi agujero podía ver, me aterraba: el paisaje obscuro, negro, iluminábase con cárdena luz al brillar los relámpagos y parecía quedar sumido después en sombras más densas, más negras aún: el fragor de los truenos era allí tremebundo, y á su estampido se me figuraba que iban á deshacerse y rodar en pedazos las peñas hundiéndose sobre nosotros. El ruido del agua era cada vez mayor: diez minutos llevaría lloviendo, y ya los arroyos de las peñas se precipitaban desde alturas descomunales con un estruendo formidable que ensordecía: confieso que tuve miedo: aquel bloque enorme que nos cobijaba y que sabe Dios los años que llevará allí bien seguro, se me antojó que iba á desplomarse y enterrarnos..... ¡y salí! cosa que me agradeció el de la sombrilla, que en cuanto me vió fuera, se escurrió hacia dentro como una lagartija. Yo me apoderé de su quitasol, que no

quitaba el agua, sinó que de tanto mojarse, la tamizaba haciéndola caer en lluvia menuda, de neblina; y acurrucado contra el bloque, con las rodillas á la altura de la barba, aguanté el temporal. ¡Gran espectáculo aquel! Entonces parecían haberse levantado y trabado batalla los gigantes pobladores de las Conjas: en el paraje antes silencioso y dormido, todo *vivía* ahora, todo era movimiento y ruido, en medio de la tempestad deshecha cuyos relámpagos iluminaban con fulgores siniestros la escena: las altas cumbres de las peñas parecían escondidas entre la nube parda, barrosa, hinchada, como si en su seno llevara un mar, y los bloques agrietados de las crestas, por entre los cuales rugía con silbidos y ayes pavorosos el viento, con el avance de las nubes parecían moverse, rodar, y más de una vez instintivamente cerré los ojos y encogí todo mi cuerpo, creyendo que se venía encima alguna de tales masas. Pero el gran espectáculo era el de los torrentes: caían levantando nubes de espuma, bramando, arrastrando enorme cantidad de piedras, con un ruido tan violento, tan furioso, que ni la mayor catarata del mundo le produciría semejante. Figúrate: multitud de arroyos, hinchados como ríos por la lluvia incesante, cayendo de grandes alturas, muchos de ellos casi verticalmente desde

veinte ó treinta metros, arrastrando piedras y árboles y chocando contra el suelo de viva peña, y podreis comprender la espantable grandeza de aquel espectáculo. A lo mejor, un ruido más grande, que dominaba á todos, empezaba á sentirse como un gran trueno lejano: avanzaba, corría, bramando con inaudita violencia.... y por algún torrente, aparecía como una sombra infernal un gran bloque que se precipitaba al abismo, rasgando el aire, que silbaba estrepitosamente, y chocando abajo con el hecho del río cuyas aguas revueltas saltaban en inmenso remolino. Los robles agarrados en las laderas entre las grietas de las peñas, movían sus ramas colosales agitándolas con furia, como combatientes que de uno á otro peñón se amenazaban jurándose odio mortal y se arrojaban para matarse las grandes piedras que venían rodando sin cesar, los torrentes que lo inundaban todo, los ecos de los truenos que parecían hundirse en las entrañas de la tierra y deshacerla y rajarla y obligarla á saltar en pedazos, bramando de dolor.

Escasamente duró la nube media hora; media hora que fué para nosotros de angustia, de terror, porque el espectáculo era demasiado formidable para no temblar. El río, aumentado con tan gran cantidad de torrentes que entraban en él forman-

do grandes remolinos de sucia espuma; crecía por momentos de un modo alarmante y lamía ya los paredones que en muchas partes sostienen y defienden el camino: los truenos iban siendo cada vez más débiles, pero entre aquellas peñas retumbaban durante larguísimo rato, y pudiera decirse que en todo el tiempo que duró la tormenta, solo oímos un trueno, pues unos á otros se alcanaban y el estampido colosal no concluía nunca. Yo llegué á perder la idea de que *aquello* era una tormenta y me parecía, en cambio, presenciar una furiosa revolución de las propias montañas, dotadas, por maravilloso secreto, de vida. El ruido tremendo, infernal, que al repercutir entre aquellas peñas semejaba gritos de furor y ayes de suprema congoja, parecía salir de las entrañas de la tierra, y aquellos robles de grandes y retorcidas ramas, completaban la ilusión con la danza siniestra de sus brazos colosales que el viento movía con extraordinaria violencia. Y á todo esto, los torrentes seguían bramando, arrojando al abismo enorme cantidad de piedras que rodaban hasta el río, ó saltaban y se deshacían al chocar con las duras peñas del camino, ofreciendo el espectáculo de una pedrea furiosa entre enemigos apostados en ambas murallas.....

Como el agua corría por todas partes y lo

inundaba todo, el escondite que habíamos hallado debajo del bloque, se anegó también, y mis compañeros tuvieron que salir de allí más que á escape y aguantar á pié firme la lluvia, que ya entonces raleaba mucho. Y en cuanto cedió un poco la violencia de un torrente que bajaba allí cerca, impidiéndonos el paso, echamos á andar, huyendo de aquellos lugares medrosos donde todo es grande y formidable: la calma y la tempestad, el silencio que impone y el ruido que aterra.

Y al día siguiente, la mitad lo menos de los excursionistas, no pareció por el balneario á la hora de costumbre.

—¿Y fulano?

—En la cama: con la mojadura que pilló, dice que se le han revuelto los humores. Hasta llegar á casa no se dió cuenta de que iba metido en agua como un azucarillo.

—¿Y mengano?

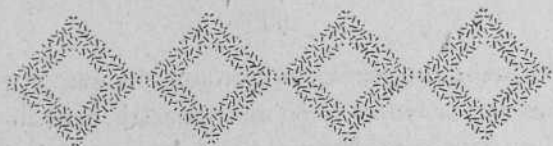
—En la cama también: ese ya no se mueve en tres días: se pasó la media hora debajo del bloque, con las piernas encogidas y un codo del vecino metido por un vacío, según cuenta, y está destornillado.....

Y en un rincón del vestíbulo, mientras yo recogía estos apuntes é impresiones de la excursión á las famosas Conjas, aquel compañero que

nos echaba al agua de su quitasol encima y que se escurrió adentro como una lagartija cuando yo salí de debajo del bloque, relataba la escena ante un grupo de bañistas, asegurando que á dos pasos de él había caído más de una docena de rayos.....

¡Y enseñaba una piedra y todo!





Una boda en la montaña

Se conservan en la Montaña costumbres tradicionales, por demás curiosas, y cuyo relato ó descripción exigiría un libro entero. Pero entre todas, ninguna llama tanto la atención como el severo espectáculo de una boda, que es de lo más original y solemne que puede hallarse por aquel país.

Cuando un mozo pretende á una muchacha de un pueblo que no sea el de aquel, si los mozos de este pueblo lo averiguan —y tardan poco en saberlo— procuran sorprenderle al salir de casa de la novia, y le anuncian la obligación en que está

de pagar la *prenda*, si quiere entrar y salir en el pueblo como si fuera de allí y gozar de las libertades de los mismos naturales en punto á hacer el amor á las chicas «indígenas»; pues en cuanto los mozos cuentan que han *prendido* á fulano, se le considera en el pueblo como de casa.

La *prenda* consiste en convidar á los mozos con vino, pan y queso; y no hay que pensar en evadirse de tal compromiso y obligación, amparada y sancionada por el uso inveterado, pues al que tal hace, negándose á pagar la *prenda*, le obsequian los mozos con una soberbia paliza que le quita al rondante las ganas de volver á aquel pueblo; y lo que es más curioso, y más grave para el pretendiente, tal negativa por punto general le acarrea unas calabazas, pues la novia le despide. ¡Ante todo las buenas formas!

Ordinariamente la influencia de las familias es mayor en estos pueblos que los deseos de los muchachos para concertar sus bodas. Los padres suelen arreglarlas, y cuando ocurre este caso, se reúnen las familias de los novios, de noche y con mucho secreto, en casa de la novia, y se celebran los tratos, discutiéndose y conviniéndose punto por punto lo que cada uno ha de aportar al matrimonio, y ante todo, se fija el dote y las vistas de la novia, que el novio la ha de regalar. Suele

ocurrir que los tratos salgan mal y por una oveja más ó menos se desarregle la boda y se lleve la trampa los amores de los muchachos.... Pero si todo sale bien, después de la solemne conferencia, ambas familias cenan juntas, lo más opíparamente que se puede.

Como las relaciones y los tratos hayan sido tan secretos que los mozos del pueblo no supieran que entre fulana y mengano había inteligencia amorosa, en cuanto lo averiguan, hacen de noche un reguero de paja menuda desde la casa de la novia á la del novio, y al verlo al día siguiente los vecinos, en un minuto se entera todo el pueblo, con la sorpresa y los comentarios consiguientes. Esa señal se reputa en la Montaña como una gran vergüenza para los novios.

Llega el día de la boda, el día solemne por excelencia, de grandes emociones para las familias por los severos usos y ceremonias con que se celebra el enlace.

Por la mañana, la familia y los convidados del novio se reúnen en casa de este, y todos juntos comen las morcillas hechas el día anterior con la sangre de los carneros que se mataron para el banquete nupcial; y á la misma hora, en casa de la novia sucede exactamente lo propio: morcilla y vino, nada más. Entanto los novios se atavían con

sus galas mejores: el novio suele estrenar capa ese día—y es la primera que estrena, pues la capa en casi todos los pueblos, montañeses y ribereños, es signo de vecindad, de mayor estado, y por eso no la usan los mozos.

A todo esto, las campanas de la iglesia voltean alegremente, llenando los aires con ecos de fiesta; los mozos repicotean el tamboril, y todo el pueblo se pone en movimiento para acudir á la iglesia cuando el señor cura toque á misa de boda. Ataviada ya la novia, se presenta ante la familia y los convidados, y se rezan algunas oraciones con mucho fervor. Y ya todo dispuesto, al oír el toque de misa, se pone en marcha la gente de la casa del novio. Van á la cabeza éste y su padrino y detrás los convidados, y se dirigen á casa de la novia, donde se han cerrado de antemano las puertas, porque es de rigor que al llegar el novio las encuentra así.

Llega la comitiva, todo el mundo en silencio; novio y padrino avanzan hasta la puerta, y el padrino llama, dando tres golpes. El padre de la novia (ó el que hiciere sus veces) contesta desde el interior preguntando *qué se ofrece*.

— *Somos nosotros, fulano y mengano—responde el padrino—que venimos por la prenda que usted ofreció entregarnos.*

Y entonces, abre las puertas el padre de la novia, y dice:

—*Si señor; pasen ustedes: aquí está la prenda ofrecida á su disposición.*

Frases sacramentales que se pronuncian en medio de un silencio profundo, religioso, porqueras ceremonias, como la que voy á describir, tienen mucho de *rito*, tradicional y familiar, y son venerandos símbolos de la autoridad paterna y restos, por fortuna conservados, de las severas y cristianas costumbres de otros tiempos.

Abiertas las puertas, aparecen la novia, su familia y sus convidados, en el portal, que tiene tendida en medio una manta, la mejor que hay en casa, ó una colcha de muchos colorines y flecos. En las casas ricas el portal se adorna mucho con telas y colchas que sirven de tapices, para la solemne ceremonia que allí se verifica.

Adelántanse el novio y la novia y se arrodillan, y resuena entonces el coro de lloros conque las mujeres acompañan la tierna despedida de la madre de la novia. Es esta una escena imponente, que hace asomar las lágrimas á los ojos de cuantos la presencian.

—¡Hija mía!—gaita la madre—yo ya te crié y te cuidé en Dios; quiera Este que el que te lleva te trate igual que yo: á él le perteneces ya.

A Dios, hija mía! y el cielo os haga buenos casados y derrame sobre vosotros las bendiciones!

Y las demás mujeres, llorando, despidense también de la novia con frases cariñosas. Concluído lo cual, se adelanta el padre de la muchacha hasta el centro del tapiz donde los novios están arrodillados y los hecha la bendición. Es un momento y un acto solemnísimos.

Entonces rompe el fuego la fusilería: los mozos montañeses alegran las fiestas disparando tiro, y cuando hay boda, desde que los novios reciben la bendición del padre hasta que regresan de la iglesia puede decirse que no cesa el estruendo de los disparos. A esta señal, tocan otra vez las campanas y se pone en marcha la comitiva, camino del templo.

Van delante los mozos, atronando el aire con los tamboriles y los tiros; después el novio con sus convidados y padrino, luego los de la novia y ésta con sus parientes y por fin las mozas.

Celébrase la boda y se canta la Misa, á toda orquesta, echando el resto los mozos cantores; y concluída, al salir los recién casados vuelven los lloros y las ternezas, porque en este momento la novia se despide de todas las mozas, sus compañeras, sus iguales hasta entonces, abrazándolas una por una, mientras la madrina reparte entre

ellas avellanas y dulces. Este acto, que se celebra, como digo, á la puerta de la iglesia, dura bastante tiempo: las mozas, por parejas, entonan entonces coplas alusivas á los novios y á su casamiento. Hasta los cantares conservan el sello de venerable antigüedad, pero reformados y corrompidos de tal manera muchos de ellos, que resultan á veces disparatados por lo incoherentes y sin substancia. Pero los que se entienden bien, por conservarse «en cristiano», son de una dulce poesía que encanta. Todos ellos terminan con un estribillo que dice:

*Compañera, tu ya vas,
cuándo iremos las demás.
—Compañera tu ya fuiste,
cuándo iremos estas tristes.*

Concluída esta escena, se ponen en marcha, por el orden en que fueron á la iglesia, pero yendo juntos los novios, y siguen las mozas cantando y los mozos tirando tiros. Con la comitiva vá el sacerdote.

Llegan á casa, y vuelven los lloros: la familia del novio abraza á la novia, y la de ésta á aquél, ceremonia que significa la admisión de cada uno en la familia del otro: á cada abrazo acompaña al frase siguiente, que es de rigor:

—Dios vos haga buenos casados y vos dé hijos para el cielo.

A las doce en punto se celebra la comida de bodas y á los postres se reparten unas riquísimas rosquillas, que hacen muy bien en el país. Los convidados toman una nada más, pues el grueso de ellas se destina para repartir entre los no convidados, á fin de que participen en algún modo de la boda. Terminada la comida, se reza fervorosamente pidiendo al cielo que haga buenos casados y felices á los novios.

Por la tarde hay baile á la puerta de la casa de la novia. Lo presiden los novios, muy graves, muy serios, sentados entre sus padrinos. Esto no basta contarlo, hay que verlo, para tener idea de la formalidad con que estas antiguas costumbres se observan hasta en sus menores detalles, para comprender toda la importancia y lustre de los novios que presiden el baile con que la mocedad les festeja.

A media tarde, la madrina hace entrega de la rosca de boda á las mozas y ésto es señal de otra nueva solemnidad. Sobre una mesa colocada en medio de la calle se pone la rosca y el pan, queso y vino que se reparten con ella. Entonces se acerca la novia á la mesa, las mozas forman un gran corro y cogidas de las manos danzan alrededor, cantando y parándose de cuando en cuando para comer: la madrina reparte las viandas y escancia

el vino y á todo ésto, la novia, de pié en medio del corro, seria, poseída de su papel de reina de la fiesta, presencia la danza y el reparto. Esta escena suele durar largo rato, porque nunca falta algún mozo, ó viejo, de buen humor, que se mete en el corrillo y hace reir, costándole la broma un baño de vino, por fuera y por dentro, y..... lo que se *deduce* de este baño.

Un poco separados de este corrillo, alegre por el humor y los cantares de las muchachas y en extremo pintoresco por la profusión de colores de los pañuelos y trajes, forman otro los mozos con el novio y el padrino. Este grupo ofrece gran contraste con el de las mujeres: en éste todo es bulla, color y alegría; en el de los mozos no se canta, ni se baila; el padrino reparte la rosca, los mozos comen y beben, y allí no ocurre más de particular, sino es algún que otro *aluche*—ó sea la lucha que ya queda descrita en otro capítulo y á la cual llaman con aquel nombre en la montaña.

Por la noche cenar juntos los mismos que asistieron á la comida; se reza, como por la tarde, por la felicidad de los novios, y se acabó la fiesta; hasta el domingo siguiente en que se celebra la *tornaboda*.

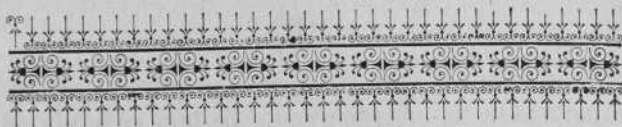
Desde el día en que se casan, los novios dejan

de ser fulano y mengana: se les llama ya el tío fulano y la tía megana; ya no bailan, la novia se despoja de sus galas de soltera y viste de otro modo y en todo demuestran el cambio de estado. El novio es un nuevo *vecino* del pueblo y puede asistir y tomar parte en las deliberaciones del Concejo, que se reúne los domingos á la salida de misa en el atrio de la iglesia.

El domingo de tornaboda, vuelven á juntarse las familias de los novios para comer, pero ya no hay cánticos ni fiesta bulliciosa.

Con pocas variaciones y que no afectan á lo esencial del asunto, así se celebran las bodas entre los montañeses. Representan, no solo una fiesta familiar, sino una fiesta y un suceso populares, que interesan á todos, allí donde la gente vive unida por tantos vínculos comunes y donde el pueblo parece una familia grande.





LA CAZA DEL OSO

—En el ayedo de Caminayo hay un oso—me dijo un día un muchacho de Morgovejo.

—¿Si, eh? Pues dale expresiones, que yo no pienso verle.

—¡Qué! ¿Pero no va usted á la cazata?—preguntó el chico con cierto dejo de asombro.

—¡Quita, hombre! ¡Nisoñar! ¡No está mala *cazata*, ir á morir de miedo ante un bicho de esos!...

—Pues van muchas escopetas, y buenas, y no hay duda de que le matan, porque «en especial» Felipón y su hijo, donde ponen el ojo... ya se sabe.

No pasó de ahí la cosa, por entonces; pero al día siguiente se supo que el tal osito se había *picado* y ya no dejaba res segura en el monte. Los pastores contaron con pelos y señales cuanto sabían de las hazañas de la fiera, del sitio por donde andaba y la hora á que salía á «recrearse», en una praderita oculta entre peñas, y la medio organizada expedición de cazadores quedo en seguida resuelta para el día siguiente. Se mandó aviso en el acto á los cazadores de otros pueblos vecinos y la orden de «subir al amanecer».

Yo ví dar órdenes y hacer algunos preparativos y oí hablar del asunto con tan perfecta tranquilidad y casi indiferencia á unos cuantos expedicionarios, que me preguntaba yo á mi mismo si el cazar osos no sería cosa del otro jueves, como yo me figuraba ¡Miren por donde empezó á tramarla el maldito diablo de la curiosidad!...

Ya de noche, y estando reunidas unas diez ó doce personas, entre las cuales había algunas tan adelantadas como yo en el manejo de la escopeta (y yo soy una *especialidad* para dar en todas partes menos donde apunto) observé que todo bicho viviente hablaba de ir al oso...

—¿Pero ustedes van?—pregunté disimulando mi sorpresa.

—¡Pues luego! Y usted también...

—¡Quién, yo?—repliqué algo aturdido y sin saber si tomarlo en serio, por no caberme en la cabeza que se le hubiese ocurrido á nadie invitarme á la cacería.

Pero me enteré de que iban «treinta escopetas» lo menos; que aquellos veraneantes, compañeros míos, iban también y—¡maldito diablo!—empezó á parecerme muy natural la idea de acompañarlos.

Pero la prudencia me daba voces, diciéndome:—¿Pero donde vas tu, si no sabes lo que te pescas, ni has visto más osos que los que enseñan los húngaros por las calles?—Y el demonio de la curiosidad que estaba atento, regañaba:—¡Bah! No van estos también, y son tan cazadores como tu?. Y sobre todo ¿quién ha dicho que seas tu el encargado de matar la fiera? Tu vas al lado de unos cuantos tiradores, te colocas á respetable distancia en lugar seguro, y ves lo que no has visto nunca ¡Pues ahí es nada, perder una cacería de esta importancia y dejar de sentir las emociones consiguientes á tamaña impresión! Ya veras como te alegras de haber ido...

Y luego como los cazadores son tan expeditivos, cuando haciendo la prudencia un último esfuerzo, me atreví á decir que no podía acompañarlos porque no tenía escopeta, al momento me

proporcionaron una, con los cartuchos correspondientes.

—Además—me decía un mozo, cazador de pelo en pecho—usted no tiene que tirar: la cuestión es ojear el bicho, que de lo demás ya nos encargaremos nosotros.

Conque entre esto y oírles contar escenas de caza con la exageración que es propia de los cazadores, me fui obsesionando... y pocas horas después, siendo noche cerrada todavía, ya estaba yo plantado en medio de la calle con mi escopetón, hecho un Tartarín, y deseando subir á las peñas. ¡Santo Dios, por qué nodedescargaría una tormenta á tiempo, para obligarme á estar en casa! ..

Echamos á andar denodadamente. El camino que había que recorrer hasta llegar al sitio de la espera, era largo, pero todo el mundo se las prometía muy felices y el que menos, de los catorce que íbamos juntos, sonreía de satisfacción pensando en la boca de á cuarta que abrirían sus amigos cuando le oyeran contar la gran aventura. Ya nos parecía el oso un bicharrajo despreciable, casi indigno de la escopeta terriblemente cruel y segura de Felipón. ¡Ya vé usted! Un bicho que á hora fija da su paseo y se tumba en la pradera, como un pazguato; que no se mete con nadie, antes al contrario, en cuanto huele la gente se va con

la música á otra parte; que es capaz de pasar junto á usted sin atreverse á decirle «buenas tardes» tan siquiera, porque no estando herido ó perseguido, es lo más soso y mansurrón que puede darse... ¡nada, hombre, que es una diversión ir á osos! Y si los cazadores no fueran tan trapalones que abultan los sucesos, mintiendo y exagerando como andaluces, poniendo los pelos de punta al oyente con la descripción de sus hazañas, cuando el hecho es que el oso no se mete con nadie... le aseguro á usted que el coger osos era tan sencillo como pescar con caña.

A fuerza de oír á unos y otros, á los cazadores que todo lo encontraban fácil y á los *touristas*, mis compañeros de veraneo, que todo lo encontraban divertido, se me fueron olvidando los pocos escrúpulos que me acudían, aconsejándome que me volviera al pueblo á gozar en paz y gracia de Dios de la fresca campiña y de la sombra de los árboles á la orilla del río, y me dejara de aventuras peligrosas para las que maldita la vocación que yo tenía.

Y así, anda que te andarás, llegamos, cuando rompía el alba, á la meseta donde, según noticias de los pastores, iba el oso indefectiblemente, de 8 á 9 de la mañana. Subimos, pues, á la cumbre de una altísima montaña, y descubrimos una gran

meseta despejada y llena de verdor, fresca y deliciosa, flanqueada de peñones formidables. Allí sentí ya entonces los primeros desmayos de mi *valor*. A la escasa luz que las débiles tintas de la aurora arrojaban, cualquier sombra, cualquier tronco de roble, me parecía un oso;... pero cuando me llevé un susto tremendo, fué al notar detrás de mí un ruido extraño, de piedras que se movían y rodaban al abismo, y ví aparecer una sombra que trepaba á la meseta.

—¡El oso, el oso!— grité sin poder contenerme, dejando caer el pitillo que liaba, muerto de miedo; y como si fuera un conjuro formidable, un ¡sálvese el que pueda! desesperado, todos echaron á correr, pero sobre todo los intrépidos veraneantes huyeron como almas que lleva el diablo. A no tener los cazadores más presencia de ánimo y más práctica, hay quien se tira de cabeza al abismo, y por culpa mía ocurre allí una catástrofe. Pero resultó que la sombra fatídica era la de un cazador que, seguido de otros cuantos, subía á la meseta. Poco á poco se reunió allí toda la banda, lo menos cuarenta hombres: al ver tanta gente, tantas armas, me tranquilicé del todo y hasta conseguí convencerme de que nada de aquello iba conmigo: por eso no necesitó grandes esfuerzos de oratoria el jefe de la expedición para persuadirme

de que, pasara lo que pasara, no me debía mover del sitio, ni impacientarme, ni abandonar el puesto que me señaló.

—Usted ahí,—me dijo; y sin más instrucciones, me fuí al puesto, de centinela. Tocóme «esperar» entre un hijo de Felipón, heredero de las recias espaldas y la atroz puntería de éste, y un veraneante que en su vida había disparado un tiro. La meseta, de casi un kilómetro de largo en dirección de N. á S., terminaba frente á mi puesto en una estrecha garganta entre altos murallones de roca, por donde se pasaba al ayedo, inextricable manigua de más de una legua de extensión. Detrás de mí la peña, casi vertical, me defendía: por allí no era fácil que subieran osos; y delante tenía una gran mata de robles y jarales, con fresca sombra que convidaba al sueño.

Los demás cazadores se distribyeron convenientemente, rodeando la meseta y ocultándose entre las peñas ó las matas. Tan orizado de cañones.... de escopeta estaba el silencioso paraje y de tal modo me figuraba yo, en mis reflexiones de estrategia improvisado, cruzados los fuegos, que era materialmente imposible que el oso, ni cien osos que se aparecieran, pudiesen avanzar un paso campo adelante.

Desde mi atalaya presencié, pues, la salida del

sol, que asomó como un globazo de fuego por encima de las peñas, llenando de luz y alegría aquel severo paisaje de rocas peladas. La faja de oro que se extendía por Oriente doraba las cimas de las montañas, que surgían de la obscuridad del abismo como fuertes gigantes cubiertos con dorado casco. Entretenido con el espléndido espectáculo que la naturaleza ofrecía, se me fué pasando el tiempo, casi sin acordarme de mi «misión» en aquellos sitios. El silencio era profundo y solo se interrumpía con el rápido vuelo de algún pajarillo que pasaba veloz, como á grandes saltos en el aire, pizando de trecho en trecho. Pero cuando el sol dió de plano en el bloque que detrás de mí se alzaba, empecé á sentir calor como si estuviera cerca de una hoguera y resolví buscar entre los jarales un sitio más defendido. Salí, en efecto, á campo raso; y cuando apenas había dado la vuelta á la mata, noté que desde lejos me hacían señas. Un cazador, asomando por encima de una roca, agitaba los brazos mandándome con enérgico ademán que me escondiera y estuviese quieto. Me escondí al punto, y me puse á mirar todo azorado, creyendo al pronto que ya andaba el oso por allí, pero nada ví: no se movía una hoja, todo continuaba en el mismo silencio, bajo un sol de plomo y en medio de una calma absoluta. Así pasó mucho

rato, más de media hora, sin ver á nadie, ni oír el más ligero ruido. El maldito bloque que tenía detrás me abrasaba la espalda con el reflejo del sol, y las moscas, para acabar de divertirme, picaban como condenadas, con una terquedad desesperante. Procurando no hacer ruido, me quité la chaqueta y á costa de algunos arañazos me escurrí por medio de la mata; pero las hojas removidas me delataron, y al instante apareció frente á mi, arrastrándose por el suelo como una culebra, el hijo de Felipón, que vino á decirme que si no me estaba quieto iba á echar á perder el negocio

—¡No fastidie, hombre! me decía, algo avinagrado el humor—el oso es un bicho de un oído muy fino y el menor ruido le alarma y le hace cambiar de ruta.

Y se marchó como había venido, deslizándose sin sentirlo ni la hierba y dejándome con un «Es que.....» en la boca.

Y pasó otra media hora. Yo me aburría solemnemente y daba al diablo la excursión. No me quedaba ni el recurso de fumar, porque al señalarme el sitio me había dicho el jefe:—«No hable usted, ni se mueva, *ni fume*: prohibido terminantemente.»—¡Caracoles con el oso, cuánta delicadeza necesita! ... Y echado boca abajo en aquella cueva abierta con el cuerpo entre las hojas del enmara-

ñado jaral; ya más á gusto, porque el sol no me molestaba, y forzado á pasarme el tiempo filosofando, que era lo único que no estorbaba á nadie ni comprometía el éxito de la cacería, insensiblemente se me fueron cerrando los ojos. ... La noche anterior apenas dormí; hasta llegar allí había andado lo menos dos leguas; el trago de anís que me tocó en la ronda, antes de ocupar cada cazador su posición, hacía sus efectos . . . y por todo mi cuerpo sentía ese placer, esa languidez que acompaña á los primeros cabeceos del sueño..... Me dormía: «ya me despertaré—pensaba yo—cuando suenen tiros: yo no hago..... falta; dormido no meto ruido ni me aburro..... y el oso si viene..... que no vá á venir..... pues..... allá ellos..... los... .. los caza..... cazado.....»

Y saliéndome ya de los limbos del sueño, á punto de caer dormido..... un estirón de una pierna me despertó sobresaltado: de puro espanto no grité, pero dí tal salto, que hice doble de grande la cueva de hojas; es más, creo que grité, pero no me salió la voz de la garganta.

—Perdone usted—oí que me decían—siento haberle dado ese susto, pero yo creí que me sentía usted acercarme.. ..

—Pues, amigo, ya, aunque me agarre el oso

por un pié, como usted me agarró, no voy á asustarme más.

—¿Usted no se aburre?—me dijo luego.

—¡Ya estaba de vuelta! ¡Cómo que de puro aburrido me dormía!

—¡Yo no puedo más! Reparte usted que l lleva mos dos horas y media como estátuas. Y aquí no hay quien pare de calor: además tengo un apetito fiero, y si esto dura, me largo.

—Y yo: mire usted, el oso no viene, porque ya ha tenido tiempo de sobra: nos habrá sentido y se estará muy á gusto entre el ayedo, tumbado á la sombra y riéndose de nosotros.

—¿Y qué hacemos? Son las nueve..... Esperamos otra media hora y si no ocurre nada, nos vamos. Tenga usted un cigarro—y echando mano á la petaca me ofreció tabaco.

A la vista del cigarro no me pude dominar, y pensando que nadie nos veía, me puse á hacer un pitillo. Sin hablar más palabra, encendimos los cigarros y saboreamos las primeras chupadas con el ansia y la delectación que es de suponer después de la forzada abstinencia. Pero ne bien empezamos á fumar, cuando cayó sobre la bóveda de hojas una lluvia de piedras. Asomé la cabeza mi compañero, y vió, como antes viera yo, multitud de brazos agitándose en el aire, haciendo enérgi-

cos é imperativos signos, mandándonos apagar el cigarro, esconderse y callar....

—¡Por vida de!.....—exclamaba por lo bajo mi compañero—si yo sé esto, no vengo. ¿Ha visto usted qué tiranía? Allá amenaza uno con soltarnos un tiro si nos movemos.

—Puede que hayan visto el oso....

Y en esto estábamos con los cigarros apagados ya, cuando se aparece otra vez el hijo de Felipón cerca de nosotros y nos dice:

—¡Rediez, se quieren callar?

—Lo que yo quiero es marcharme—murmuró de mal talante mi compañero.

—No *pué* ser—contestó el otro con énfasis, con aire de mando.—Se llevaba la trampa la expedición, y además se exponía usted á topar con el oso de manos á boca.... ¡y á ver!

¡Nada! había que resignarse á pasar la mañana, y quién sabe si el día entero, inmóvil como un guardacantón. Mi vecino se escurrió á su puesto re regando del oso y el cazador se fué al suyo re negando de los señoritos.

Por un resquicio abierto entre las ramas, veía yo toda la meseta. Sabía próximamente los puestos que ocupaban los demás cazadores, pero era imposible divisar á ninguno: todos estaban escondidos, ojo avizor, con la escopeta preparada. En

la pradera caía el sol como fuego y tal era la intensidad de la luz, los reflejos de las calvas rocas, bajo el cielo de brillante azul, que se ofuscaba la vista y no se podía mirar. El silencio y la calma eran absolutos: esa calma augusta y ese silencio solemne de la montaña, que parecen *pesar* sobre la tierra, como si el mar de luz que llena los espacios ahogara todo ruido. Por medio de la meseta, cruzándola de derecha á izquierda, se veía una faja de verdor que formaba contraste con el cespéd medio agostado de la llanura: debía de ser un arroyuelo, alguna fuente que brotaba de la peña y corría silenciosamente entre la yerba que crecía lozana con la humedad. Realmente el oso que esperábamos y no acababa de venir, era un oso «de buen gusto», porque el sitio que elegía para sus paseos matinales no podía ser más oculto, más soleado y silencioso, con su fuente brotando á la sombra de una gran peña y su praderita verde y fresca que era un encanto. A un lugar como aquel tan empingorotado y de difícil acceso ¿quién iba á subir? Además, á poco trecho estaba el gran monte poblado de ayas, una selva enmarañada donde el pacífico oso debía de tener su rancho.....

Dando vueltas á tales meditaciones y cansado de arrugar el ceño á causa del exceso de luz que

impedía mirar detenidamente los objetos, probé á entretenerme haciendo un silbato, importante fabricación que yo había aprendido de chico, allá cuando en compañía de otros rapaces tan aplicados como yo, *corría* la escuela, haciendo *novillos* en el campo. Saqué, pues, mi cortaplumas y con una paciencia digna de mejor empleo, me puse á cortar el palo y escarbarle «la cañada». El silbato *salia*: sentíame satisfecho de mi obra, con esa satisfacción que uno experimenta cuando recuerda lo que aprendió de niño y que, en cierto modo, nos vuelve á aquellos dulces años en que la vida era toda fiesta, juego y alegría. No intentaba siquiera hacer pruebas del instrumento, porque la consigna era callar. ¡Buena se arma—pensaba yo—si doy un par de pitidos con este silbato! ¡Me sueltan un ti..... ti.....

Afilando la punta del palo y con la frase en los labios, me quedé como un maniquí al que dieran cuerda, en aquel punto. Había levantado la vista, y confusamente, sin darme exacta cuenta de lo que veía al través del resquicio, como en presencia de súbita aparición medrosa, ví en plena meseta, lo menos á doscientos metros de donde ya estaba, una mole formidable que se movía, que andaba pausadamente...

Se me puso en los ojos un velo, una telilla

que me nublaba la vista: aquélla mole parduzca... No quería decir lo que pensaba, ni á mi mismo, cual si temiera que mis oídos oyesen la palabra fatídica que repetía mi pensamiento. No me moví en la actitud en que me sorprendió la sombra siniestra, continué, sin darme cuenta, *afilando* el palo, sin verlo ni sentirlo, moviendo nerviosamente de atrás adelante la mano derecha en que tenía el cortaplumas, suspenso, absorto, como uno de esos hipnotizados que *pescan* en el escenario de un teatro; completamente perdida la relación entre el pensamiento y la voluntad. Debía de latirme violentamente el corazón: debía de tener desmesuradamente abiertos los ojos; debía de estar rígido, inmóvil como una estatua; yo no *me* sentía. Solo así, muy vagamente, muy de lejos, me parecía que estaba á dos pasos de un peligro, de un enemigo poderoso, pero lo notaba como en sueños, con esa falta de pesantez y de voluntad que tiene uno en las pesadillas...

Mis ojos debieron de distinguir mejor el bulto aquel que se movía en la pradera, por que sentí, pero siempre de muy lejos, como si mi alma estuviera á cientos de leguas del sitio en que tenía el cuerpo, sentí, digo, una sensación de frío que me cosquilleaba las espaldas, á tiempo que mis labios se movían, *ellos solos*, pronunciando una frase:

—¡El oso... el oso... el oso!...

¿Que por qué no cojí la escopeta? ¿Que por qué no eché á correr y no me tiré cuesta abajo? ¡Qué sé yo! Solo sé que fué tal mi asombro al ver el oso, tal el terror mío al ver de repente frente á mí puesto, en medio del silencio desesperante que reinaba, aquel animal formidable, con sus greñas sucias y revueltas, con su andar muelle y acompasado, con su cuerpazo tremendo, con sus patas poderosas; tal el espanto que me produjo verle de súbito, cuando más descuidado y sin acordarme de él me hallaba, tal el contraste entre la idea que, á fuerza de oír hablar á los compañeros de excursión, había llegado á formarme del oso y la que ahora me ofrecía la realidad en presencia de aquella fiera que se ponía «de manos» y parecía colosal, y daba zarpazos tremendos para espantarse las moscas de los escondidos ojos... que perdí hasta el instinto de conservación. He ahí un fenomeno psicológico digno de estudiarse: he ahí una forma natural, *espontánea*, de hipnotismo: el hecho es que yo veía al oso como en sueños, alucinado, sin poder apartar de él la vista, y que *no sentía* mi cuerpo, y allí estaba para probarlo mi mano animada *aún* por la idea última, la de afilar el palo, yendo y viniendo de atrás adelante como si no fuera mía y la hubieran dado cuerda

—¡El oso..... el oso!—segúan repitiendo mis labios.

Y así estuve, creo que poco tiempo, minutos nada más, pero largos como siglos. Sin duda los tiradores esperaban la ocasión de hacer blanco seguro, de que el oso se estuviera quieto un momento...

¡Púm!—Sonó una descarga; un tiro solo. Entonces ví una cosa horrible. El oso quedó un instante inmóvil, en medio de un silencio aterrador que acongojaba; y de pronto, como salido de las mismas entrañas de la peña, reventó en los aires un rugido formidable, un gruñido áspero, terrorífico, que llenó con su estruendo el espacio y repercutió en las montañas con retemblo de trueno.

Entonces, merced á aquella vigorosa impresión, me dí cuenta de mi y de lo que pasaba. Un sudor frío corría por todo mi cuerpo y un picor extraño me ofendía los ojos. Clavado en el sitio, anhelante, sintiendo golpearme la sangre en las sienes, abrasado de una sed repentina que me impedía en absoluto paladear, ví al oso dar un salto inverosímil á tiempo de lanzar el tremendo gruñido; caer, volver á alzarse, irguiéndose como un gigante colosal sobre las patas traseras; revolverse airado y arañar por fin el suelo con tal furia, con sal locura, que en pocos segundos se levantó en-

torno suyo una densa nube de polvo que le ocultó por completo. Los rugidos espantosos seguían, haciendo retemblar los aires, y de vez en cuando veíase salir de la espesa polvareda que el furioso escarbar de la fiera levantaba y como disparados con terrible fuerza, enormes peñascos, troncos de roble y cepas de enorme tamaño que chocaban con las peñas ó caían rodando vertiginosamente por la empinada ladera.

No he pasado en mi vida momentos de más angustia, de mayor ansiedad y terror ¡Así es el ver osos, para curarse de la afición á aventuras de caza! Hay que ver esos animalotes «en libertad», en sus dominios, y oír aquel gruñido espantoso que crispa los nervios y ver aquella enorme, poderosa furia en que se desespera el gigante al sentirse herido sin descubrir al enemigo que le ataca. La densa nube de polvo, cada vez más densa porque el oso continuaba revolviéndose y arañando el suelo en un vértigo indescriptible, parecía un nubarrón de tormenta con aquel rugir de trueno de los gruñidos incesantes.

—¡Esto es horrible!... ¡A mi me va á dar algo!
—oí que decían cerca de mí.

No me moví: viniera el oso y allí me encontraría, de rodillas, un poco inclinado hacia adelante, mirando por el resquicio abierto entre las

ramas, rígido y clavado, sin voluntad ni dominio sobre mis músculos para echar á correr, mucho menos para cojer la escopeta y disparar... ¡Disparar! Los cazadores no daban señales de vida: no debía de ser posible hacer blanco, afinar la puntería, con aquella batahola que armaba el oso, revolcándose y lanzando piedras y troncos como un ariete. Algo de esto creo que le dije á mi vecino, que era el que se acercaba á mí, muerto de miedo. La compañía me reanimó algo, insensiblemente: ya éramos dos... desgraciados: mi compañero también se había olvidado de que tenía escopeta; lívido, con los ojos saliéndosele de las órbitas y el pelo hirsuto, crispado hasta levantarle el ancho sombrero, me hubiera llenado de terror el verle si no fuera que más susto que el del oso ya no era posible llevar.

—¿Pero por qué no le matan?—preguntaba.

—¡Calle usted, por Dios! — me acuerdo que le dije—Si nos siente y viene...

—¡Púm!—Sonó otra vez un tiro, pero este cerca de nosotros, tanto que yo creí que le había disparado mi compañero cogiendo la escopeta mía. Por una ralada del polvo, frente á mi puesto, vi entonces perfectamente á la fiera: aquella sombra que la envolvía, aumentaba de un modo extraordinario sus proporciones. Alzose sobre las patas,

dió en torno de si mismo una vuelta, bramando de dolor con quejidos formidables... y cayó.

Todo quedó en silencio, en un silencio de muerte, como el que antes reinaba, en una calma absoluta. La inmensa nube de polvo empezó á caer, cubriendo al oso como con un sudario. La escena, desde que yo ví la fiera hasta aquel momento, habría durado escasos diez minutos ¡pero qué minutos!.....

Nadie se movía, sin embargo; no se veía á ningún cazador.

—¿Tiró usted?—me preguntó el vecino.

—¡Yo!.....

No le dije más, pero debió de comprenderme: porque en seguida replicó:

—Pues entonces fué ese, el hijo de Felipón: el tiro salió de estos sitios y ha debido de ser certero..... ¿Tiene usted miedo?

Hasta entonces no me había movido de la situación y postura que he descrito; pero ante esa pregunta me volví:

—¡Cá, hombre! ¡Qué he de tener miedo! ¡Ni usted tampoco!

—Lo confieso, amigo: no sabía lo que era ésto; ese oso me parecía una catedral, de grande. Por milagro de Dios no me he suicidado, tirándome de cabeza al precipicio,

—Pues yo ya salí de ésta, al parecer; pero lo que es en otra no me veo. ¡Seguro!

Pero entonces, un nuevo berrido formidable, nos hizo estremecer: mi vecino y yo nos agarramos por los brazos desesperadamente, como náufragos á una tabla. El oso se había vuelto á levantar, con un esfuerzo supremo, sintiéndose morir, cual si quisiera vencer á la muerte en un raptó de furia: lanzó el gruñido espantoso que retumbó en la soledad de las peñas ásperamente; avanzó dos ó tres pasos, se tambaleó un momento, y largando á los aires un zarpazo tremendo, como si en las ansias de la muerte viera delante el feroz animal á su enemigo y luchara con él, cayó otra vez, dando media vuelta su pesado cuerpo, hasta ponerse patas arriba.....

Nuevo silencio, tan medroso como los mimos ecos de los quejidos de la fiera. Pasó más tiempo: allá lejos, asomando por encima de un bloque de la peña, apareció la cabeza de un cazador; luego, aquí y allá, aparecieron otros, como sombras brotadas de las entrañas de la tierra. Nuestro vecino, el hijo de Felipón, levantándose también y con la escopeta preparada salió á campo raso y avanzó recatadamente.

Poco á poco fueron dejando sus escondites y saliendo á la llanura los cazadores: parecía una

procesión de sombras: todos andaban despacio, sin meter ruido, con el arma pronta á disparar, deteniéndose y observando, con la vista fija en el oso. Por fin, después de largo tiempo de mortal ansiedad, el hijo de Felipón llegó el primero junto al bicho, cerciorándose escrupulosamente de que estaba muerto; y poniéndose de pié encima de su cuerpazo enorme, tiró al alto la boina y gritó:

—¡Viva Morgovejo!

Era la señal del triunfo: el tiro segundo, efectivamente lo disparó el hijo de Felipón y acabó con la fiera: le había dado en pleno corazón, en un momento en que se descubrió el animal levantándose sobre las patas.

Entonces respiré, al ver ya reunidos á los cazadores formando corro alrededor del oso muerto. Pero sentí también entonces que me dolía horriblemente la cabeza y me zumbaban los oídos.

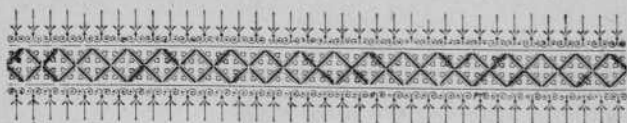
Me levaté; pero al querer andar, y aparte de tener *dormidos* todos los músculos, noté una extraña sensación de humedad... Mi compañero notó en él lo mismo, y me dijo:

—¿Usted no suda? Yo estoy como si saliera del río: tengo pegada al cuerpo la ropa,—y estiraba las piernas para *despegarse*.

—Yo creo que *esto* es más que sudor —le contesté.

Y..... *en efecto*; lo que hace el miedo ;no nos habíamos dado cuenta de aquella *humedad!*





¡Adiós, hermosa!

Se llevaban los quintos de Morgovejo: eran unos cuantos garridos mozos que iban á servir al rey; la flor y nata de la mocedad, los veinte años alegres, hervorosos, entusiastas, que animaban el *aluche* viril y regocijaban el baile dominguero.

Lloraban las madres, y del pacífico pueblecito parecía salir aquella tarde un clamor inmenso, el quejido de acervo dolor de tantos corazones desgarrados por los latigazos de una pena inmensa. El espectro espantoso de la guerra encendida en Cuba, se aparecía á aquellas madres infelices, aterrándolas con sus muecas horripilante s..... y

lloraban, lloraban sin cesar, por el hijo que se iba soldado ¡quizás para no volver!

El día cabeceaba (1). De la solitaria vega surgía el rumor armonioso, el concierto lleno de misterio y dulzura que forman los mil ruidos del campo, resonando sin cesar, cual lejana música bajó el cielo trasparente como un fanal, plateado por la suave claridad del crepúsculo.

Muchas veces, sentado en el monte, á orillas del camino, viendo esfumarse sobre las altas montañas los últimos resplandores del sol y brotar en los cielos los rayos temblorosos de los luceros, como miradas luminosas de espléndidos ojos que parpadearan tras el velo azul del espacio, había-me adormecido oyendo aquella dulce música con que sonaba la vega, abandonando el alma á las caricias de esa languidez melacólica que parece rodearnos y flotar en los aires al atardecer.

Pero aquel día, el clamor dolorido que del pueblo se escapaba con los ecos de tantos ayes y el correr de tantas lágrimas amargas, parecía fundirse con la incesante música del campo, y estallar en un sollozo inmenso, que lo llenaba todo,

(1) Expresiva frase con que los aldeanos designan el anoecer. No es de uso muy corriente, pero la consigno por su sabor rústico y su gran fuerza de expresión. Comparando los últimos resplandores del día con el sueño, se vé en efecto, la semejanza ideológica ó simbólica entre los "cabeceos", del que empieza á dormirse y la extinción de la luz del día, "durmiéndose", en las sombras de la noche.

bajo el cielo azul, trasparente como un faral, por donde resbalaban las miradas luminosas de los luceros.

¿No lo oía yo? Las ondas del río no cascabeleaban como otras veces al saltar entre las peñas con sus notas alegres y argentinas, ni se oía el piar de los pajarillos revolviéndose en el nido, ni agradaba al alma el rumor de sonajero de la arboleña, antes dulce como una caricia. Entonces todo lloraba, y el río y los insectos y el estallido de las flores que abren sus botones á los besos de la brisa, y el silencio de los pájaros y el tintineo de las esquilas de las ovejas; todo lo que en el campo vive, parecía llorar también y la dulce música de otras veces sonaba aquel día en mi alma como un suspiro incesante, universal.....

Se marchaban los quintos; y aquellos garridos muchachos se me figuraban *algo* que el río y el aire y las solitarias peñas y la vega deliciosa *conocían*; algo á que todo aquello había dado vida y salud y vigor y que ahora lloraba, como las pobres madres, al verlos partir, quizás para no volver.

Los quintos, devorando su pena, sorbiéndose las lágrimas, recorrían las calles cantando, queriendo ahogar las negras ideas á fuerza de aparentar una alegría que no retozaba en el corazón.

y todos juntos, en bullicioso pelotón, rondaban las calles acompañados de los demás mozos del pueblo y precedidos del tamboril. Yo los oía, desde mi asiento de la orilla del camino, cerca de la fuente, y sus cantares regocijados y los ecos de sus risas, aumentaban el rumor de aquel sollozo inmenso que sentía estallar en la solitaria vega; y á medida que arreciaba el estruendo del tamboril y los cantares, sentía yo más claramente aquel suspirar que me partía el corazón; hasta que, envuelto en tantos rumores, llegó á mis oídos una frase que me sorprendió y me hizo volver apresuradamente la cabeza hacia la cercana fuente.

... Era Juan, uno de los quintos, el de los puños de hierro en el *aluche*, el mejor bailarín de la Montaña, el mozo valiente y fornido, que lloraba viendo llorar á María, la gala de las mozas del pueblo. Allí, orillas de la fuente, los veía yo todas las tardes, al anochecer, hablando de sus amores, mientras resonaba la vega con su música deliciosa que es toda amor. La muchacha con el rostro oculto en el delantal con que se enjugaba las lágrimas, suspiraba, más bien que decía, promesas y frases cariñosas; y el pobre Juan, aturrido, restregándose los ojos, murmuraba:

—¿Te acuerdas? Fué aquí, en la fuente, donde

te dije..... aquello, hace un año, cuando venías del molino. ¡Más valía que no te hubiera dicho que te quería; que así ahora no me mataba la pena!.....

—¡Ay! Pero tu vas..... á correr mundo..... y yo todos los días, al venir á la fuente... . me veré aquí sola, sin tí..... y lloraré donde he sido tan dichosa.

Y Juan, procurando serenarse, sonreía exclamando:

—No te apures: la Virgen de la Velilla me protegerá, y volveré de la guerra para no separarme de tí....

Y como sintieran que se acercaba gente, renováronse uno á otro las promesas y enlazadas las manos, trémulos de pena y emoción, se despidieron.

—¡Adiós, hermosa!—murmuró Juan; y aquella frase, salida del alma, como un beso, como una caricia inefable, arrastró tras de sí el aluvión de lágrimas que á duras penas contenía el muchacho; y Juan el fornido, el valiente, el de los puños de hierro, no tuvo valor para volver á mirar los ojos de su novia que se le comían, como si quisiera retenerle en ellos y guardar su imagen en el corazón, y se fué camino abajo llorando, dejando correr las lágrimas silenciosamente, como lloran los desgraciados.....

Al amanecer se fueron los quintos, en extraña procesión en que los veinte años alegres aturdián sus penas cantando, mientras las pobres madres, deshechas en lágrimas, iban á despedir á los mozos en la próxima estación. Y Juan, que no tenía madre, marchaba entre el pelotón bullicioso animando á todos con su alegría. Al llegar á un recodo del camino, desde donde se vé por última vez el pueblo, todos se volvieron agitando sus brazos, diciendo adiós á los que se quedaban.

—¡Vaya, la despedida—dijo uno—que la cante Juan, que es el más alegre!

Y Juan, con su voz robusta, entonó la copla:

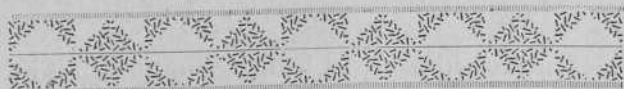
—*Adiós todos, compañeros,
adiós muchachas hermosas...*

No pudo seguir: el coro palmoteaba y reía, aturdiendo sus penas con el estruendo de los cantares, y Juan descubriendo entre las casas la ventana donde su novia se asomó á verle pasar, repetía entre ahogados sollozos aquél ¡Adiós, hermosa! que le saliera del alma como un beso, como una caricia inefable al despedirse de María, del único corazón que á él le lloraba.....

Y es fama en la montaña que el mozo más valiente y gallardo, el más alegre y bullicioso, el de los puños de hierro en el *aluche* y el de los

piés incansables en el baile dominguero, lloró para despedirse de su novia todo lo que no había llorado en su vida: y aquéllas lágrimas de un hombre tan valiente, son como un muro que contiene los deseos de tantos muchachos que quisieran hablar de amores á María, la gala de las mozas del puebl'o. ¿Quién se atreve? ¿Quién la va á decir con la ternura de Juan aquel ¡Adiós, hermosa! suprema expresión de un alma enamorada y que la muchacha *oye* todos los días en la fuente? Porque sus compañeras lo han contado, y por ellas supe yo esa historia: Todas las tardes, mientras el campo suena con vago clamor de lejana música bajo el cielo plateado, límpido y trasparente como un fanal, María llora en la fuente, como si el goteo del caño la repitiera las dulces palabras de su amante





Notas finales

Para terminar este resumen de impresiones de viaje por la montaña de Morgovejo, diré algo brevemente de dos cosas notables que aun quedan por señalar: del Santuario de Nuestra Señora de la Velilla y de un morgovejano insigne, de San Juan de Prado, pues para que nada falte en este rincón de la montaña, hasta tiene un Santo propio del país.

*
*
*

En medio de agreste paisaje de rocas, á cosa de legua y media al poniente de Morgovejo, álzase solitario y triste el renombrado Santuario de

la *Virgen de la Velilla*, famoso en la montaña y como pocos concurrido, que recuerda aún la viva fe de nuestros antepasados á la excelsa Reina de los cielos.

El Santuario es un pequeño pero suntuoso edificio de estilo renacimiento, bastante bien conservado. Fué erigido por los marqueses de Prado que tenían señorío en aquel territorio, y cuenta la tradición que lo hicieron en recuerdo de una famosa aparición de la Virgen á un pastor de aquella casa feudal.

Aunque el camino desde Morgovejo es largo y difícil, son muchos los veraneantes que hacen una excursión al magnífico Santuario, erguido como un vigilante sobre un escabroso cerro. Lo que más llama la atención de cuantos le visitan es el camarín, de espléndido decorado, brillante con el oro de sus molduras y acaso el mejor de cuantos en Santuarios é iglesias hay en nuestra provincia, por la profusión y riqueza de su ornamentación delicada.

*
*
*

Ni una monografía del famoso Santuario, ni una detallada biografía de San Juan de Morgovejo cabe escribir aquí. De este glorioso Santo sabremos toda la vida el día que la dé á luz un distinguido escritor montañés que ha honrado su

pluma castiza escribiendo tan edificante biografía. Solo, pues, me limito á ligeros apuntes.

A fines del siglo XVI nació en Morgovejo este Santo. Aun hoy enseñan los aldeanos el solar de la casa de sus padres, que eran nobles: está dicho solar casi en medio del pueblo y convertido en huerta.

Estudió en Salamanca; pero su deseo de perfeccionarse en la virtud le llevó á dejar el mundo, ingresando en la Orden de los Menores; y encendido en la llama de la caridad anheló dedicarse á la predicación del Evangelio. Llegó en su orden á ocupar altos cargos, en los que dió siempre ejemplo de gran humildad; hasta que por fin vió coronadas sus grandes aspiraciones de dedicarse á la misión, predicando la doctrina de Cristo en los países infieles. La historia de las misiones, sublime página de amor, que han escrito y escriben aún esos grandes corazones que abrasados de fé desprecian los peligros por llevar á todos los ámbitos del mundo la dulce doctrina de Jesús, fué grandemente ilustrada por nuestro Santo en Marruecos, á donde fué á predicar conquistando por el ejemplo de sus virtudes tanto como por la elocuencia de sus palabras gran número de almas. Tan grande era el fruto de aquella predicación, que el rey ó califa, enfurecido, mandó prender á

Juan y conducirlo á la prisión cargado de cadenas: besábalas el Santo y con lágrimas en los ojos exclamaba: — «Ahora ¡oh Dios mío! conozco tu amor hacia mí ¿cuándo tuviera yo méritos para obtener este beneficio?»

Fué sometido á crueles tormentos en medio de los cuales predicaba aún á sus tiranos la fé cristiana. Arreciaba con ésto cada vez más el furor de sus perseguidores, quienes mandaron azotarle cruelmente atado á una columna, atroz suplicio aumentado aún con la multitud de flechas á que sus carnes desgarradas sirvieron de blanco. Quedó sin embargo con vida, y entonces fué arrojado á una hoguera. viendo con asombro los infieles cómo aquel ánimo valeroso asistido de Dios, anunciaba en medio de las llamas la doctrina de Cristo.

Así se consumó el martirio de este glorioso Santo, incluido en el catálogo de mártires por el papa Benedicto XIII.

FIN

ERRATAS

| PÁGINA | LÍNEA | DICE | DEBE DECIR |
|--------|-------|--------------------|---------------------------|
| 3 | 9 | arrebatora | arrebatadora |
| 7 | 8 | que no tiene | que se tiene |
| 17 | 16 | fárreos | ferreos |
| 30 | 17 | misma | mismo |
| 31 | 11 | apropósito | á propósito |
| 41 | 7 | encentivo | incentivo |
| 44 | 21 | si ha se | si se |
| 45 | 27 | pretendieran | pretendiera |
| 66 | 26 | csi | casi |
| 69 | 17 | aprecia | aparecía |
| 81 | 2 | envolvía | envolvían |
| 93 | 14 | en seguida con los | en seguida el río con los |
| 97 | 8 | alcanban | alcanzaban |
| 103 | 19 | encuentra | encuentre |
| 120 | 6 | Reparte | Repare |
| 123 | 25 | ya estaba | yo estaba |
| 134 | 17 | melacólica | melancólica |
| 136 | 11 | envuelto | envuelta |





